

Don Diego Barros
EL CASI-CASAMIENTO
Autos

O SEA

Mientras más Vieja más Verde

COMEDIA EN TRES ACTOS

(Sacada del libro XVIII de EL HUÉRFANO)

POR

DANIEL BARROS GREZ

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

SANTIAGO

IMPRENTA GUTENBERG

CALLE DE JOFRÉ 42

1881

AA F 2631

AAF 2631

A.P. / E 34 T 4 (Nº 8 p. 11.)

EL CASI-CASAMIENTO

4

O SEA

Mientras mas Vieja mas Verde

COMEDIA EN TRES ACTOS

(Sacada del libro XVIII de EL HUÉRFANO)

POR

DANIEL BARROS GREZ

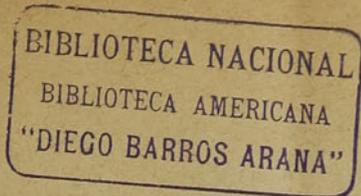
BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

SANTIAGO

IMPRENTA GUTENBERG

CALLE DE JOFRÉ 42

1881



PERSONAJES

Doña COLOMBINA.	{	TRISTAN, amante de Rosi-
ROSITA, sobrina de la anterior	{	ta.
Don NICOLAS, padre de Rosi-	{	Un mozo de café.
sita.	{	Dos criados.
Don CATALINO GACETI-	{	La efijie, en madera, de don
LLA, novio de doña Colombi-	{	AGAPITO, difunto esposo de
na.	{	doña Colombina.

La escena pasa en Santiago; el primer acto, en un café, i el segundo i tercero, en casa de doña Colombina.—Año de 183....

ACTO PRIMERO

El lugar de la escena es un cuarto pequeño de un café, en donde se ve dos mesitas rodeadas de sillas ordinarias. Algunos cuadros ordinarios penden de las desnudas paredes. Dos velas, una sobre cada mesa, alumbran escasamente el cuarto. Una puerta en el fondo, da al patio, i una ventana a la izquierda, cae a la calle.—Principia a oscurecer.

ESCENA PRIMERA

DON CATALINO.—UN CRIADO

D. CATALINO.—(*Entrando seguido de un criado.*)—Como siempre, hombre como siempre. Traeme un plato de cazuela de ave, unas costillas de carnero...¿Hai ensalada?

CRIADO.—De lechugas i de rábanos, señor.

D. CATALINO.—Tráeme de lechugas, con asado...mira, oye...que venga tostadito, eh?

CRIADO.—Entiendo, señor.

D. CATALINO.—Una botella de chacolí...

CRIADO.—Hai un mostito de Cauquenes, señor, que esta diciendo: bébeme, bébeme...

D. CATALINO.—Venga el mostito, que hoi necesito una cosa estomacal...

CRIADO.—I nada mas?

D. CATALINO.—Ahi veremos: anda pronto.

CRIADO.—Voi corriendo.

(Vase.)

ESCENA II

DON CATALINO

Caramba! Lo que es la pobreza! Que yo tenga necesidad de venir a comer al peor cuarto de este cafe, en donde otras veces se me salia a recibir en palmitas! Ah! es que entónces pagaba i ahora como al fiado. (*Se oye a lo léjos el sonido de las bolas del billar i de los tacos, mezclados con grandes gritos i algazara, i él pone el oido hácia donde se sienle la bulla.*) Ah! yo tambien jugaba al billar: pero estos malditos acreedores han dado en perseguirme hasta allí mismo... Picaros! Desalmados i sin conciencia!... Perseguirme a mí, cuando en vez de hacerles el menor mal, ando huyendo de ellos... Hombres ruines, que por andar tras de un real, son capaces de desempedrar las calles de la ciudad... Miserables! A honra debieran tener el que una persona de mi calidad les gastase su dinero... Pero de que me admiro, cuando hasta mis amigos de otro tiempo me han abandonado? Desde que me sintieron el olor a pobre ya no me saludan... ¡I que llamen santa a la pobreza! Si esto fuese cierto, yo estaria a punto de ser canonizado... Pero me vengaré! Les he de quebrar los ojos a todos, cuando me vea poseedor de la riquezas de esa maldita vieja... Si, señor, me caso! no hai remedio! Es cierto que ella es mas fea que el mismo pecado mortal; pero mas fea es la pobreza, con la cual estoi casado al presente; i por divorciarme de esta, seria capa de casarme con el mismo diablo. (*Paseándose i moviendo la cabeza.*) Aunque mirando las cosas así con ojos de filósofo, la fealdad i la vejez tienen sus ventajas innegables en el matrimonio... ventajas feales... si, ventajas positivas... Además de que me parece que ya voi criando amor por mi viejecita, a fuerza de repetirle que la adoro... (*Se sienten pasos en la calle i él se asoma a la ventana*) ¿No es Tristan?

ESCENA III

DON CATALINO.—TRISTAN

TRISTAN.—(*Desde afuera*) Catalino!

D. CATALINO.—Entra, hombre, que tengo muchas cosas que contarte.

TRISTAN.—Alla voi.

ESCENA IV

DON CATALINO

Este muchacho es el único amigo que no me ha abandonado; i esto que no sabe que estoy a pique de ser talvez millonario... Tiene un corazon de oro; i sino poseyera esas malditas ideas románticas que lo trastornan, yo podria sacar partido de...

ESCENA V

DON CATALINO.—TRISTAN

TRISTAN.—(*Dádole la mano i saludando mui tristemente.*) Amigo Gacetilla, cuanto tiempo ha que no te veia!

D. CATALINO.—Mas de tres meses, hombre de Dios (*Fijándose en su semblante.*) I tú ¿por qué estas tan flaco i pálido, que pareces fraile a quien le faltan beatas?

TRISTAN.—(*Suspirando*) Porque la mala suerte me persigue...

D. CATALINO.—Como a mí mis acreedores, hijo... ¿I para donde marchabas tan lijero?

TRISTAN.—Para el puente de Calicanto.

D. CATALINO.—Pero, hombre, hace un frio de todos los diablos!... I con esta noche, te ibas a pasear allí?

TRISTAN.—Me iba a arrojar al rio.

D. CATALINO.—Si?

TRISTAN.—De redondo.

D. CATALINO.—Por lo de la mala suerte?

TRISTAN.—Por eso mismo.

D. CATALINO.—Pues, hombre! A pesar de la persecucion que sufro de parte de mis acreedores, te aseguro que no se me habia ocurrido jamas hacer tal cosa...

TRISTAN.—A mí sí.

D. CATALINO.—Ya se vé! la diferencia de caracteres... Ya sabes que yo soi filósofo... ¿I estabas resuelto?

TRISTAN.—Que si lo estaba! Hace mas de quince dias, hombre, que estoi resuelto a lanzarme de cabeza en el Mapocho...

D. CATALINO.—I?

TRISTAN.—Te diré: la primera vez me encaminé al puente, sin mirar para atras, porque ya tú sabes que soi valiente; pero ántes de llegar sentí mucho frio, i me volví a casa. Al dia siguiente fuí tambien; pero me encontré en el puente con unos dos hombres que me miraban de hito en hito; i se me puso en la cabeza que aquellos dos hombres habian conocido mi intencion, i estaban aprontándose para sacarme del rio; i como yo deseo morir, no quice dar el salto entonces.....

D. CATALINO.—I volviste?

TRISTAN.—Por supuesto, al otro dia. Sentéme en uno de los bancos de ladrillo a esperar que el puente quedase solo; pero nada... Me dieron ganas de fumar ántes de ahogarme i como no llevaba cigarrros, tuve que volver a casa.....

D. CATALINO.—Por lo visto; no has hallado oportunidad en todos estos dias.....

TRISTAN.—Así ha sido; por eso es que ahora iba de noche... Pero como me llamaste... Lo que es mi mala suerte! Ni ahogarme a gusto me deja!

D. CATALINO.—Ja! ja! ja!!... Siempre con tus ideas!... Pero prometo sanarte... Ya viene mi comida.....

ESCENA VI

DICHOS.—CRIADO *con una bandeja con dos platos tapados, un cubierto, un vaso i una botella de vino*

D. CATALINO.—(Al criado, mientras prepara el servicio en una de las mesas.)—Trae otro cubierto (A Tristan) qué pido para tí?

TRISTAN.—Nada, hombre; gracias: he comido.....

D. CATALINO.—Si?

TRISTAN.—En casa de un amigo.

D. CATALINO.—I hubo trago?

TRISTAN.—I tragos...por que como es el dia de su santo.....

D. CATALINO.—Pues ahora comprendo la causa de tu determinacion.

TRISTAN.—La de tirarme al Mapocho?

D. CATALINO.—Si, hombre...Tú has tenido siempre una borrachera trájica.

TRISTAN.—¿Piensas que estoi borracho? (*Se alza del asiento, dando algunas muestras de ebriedad.*)

D. CATALINO.—Ja! ja! jaa!! Es cosa que se echa de ver por encima.....

TRISTAN.—Adios, amigo mio.....

D. CATALINO.—I que? ¿Crees que yo habria de consentir en que te fueses a ahogar, con este frio tan intenso? Siéntate, Tristan, i ahogemos nuestras penas en mosto, que para ahogarse en una agua tan sucia como la del Mapocho, hai tiempo de sobra.

TRISTAN.—Pero, hombre.....

D. CATALINO.—Déjate de PEROS, i óyeme: ¿No echas de ver que aun no has llegado al grado de borrachera que es menester para llevar acabo tu determinacion? Mozo! otra botella!

CRIADO.—Bien, señor.

(*Vase.*)

ESCENA VII

DON CATALINO.—TRISTAN

D. CATALINO.—(*Llena una copa de mosto.*) Mira que color tan precioso tiene.

TRISTAN.—(*Toma la copa i la acerca a los labios.*) Oh! exhala un aroma esquisito.

D. CATALINO.—Pruébalo, i verás como el sabor corresponde al olor...Sin embargo, no es tan bueno como el que yo quisiera ofrecerte; pero ahí vendrán tiempos mejores. Yo soi hombre que tengo filosofía i un buen acopio de paciencia, pues miéntras mis malditos acreedores me persiguen, sin darme tregua, como, bebo i duermo mal, con la esperanza de que mañana o pasado comeré, beberé i dormiré mejor.

TRISTAN.—Ah! Catalino! Tú tienes esperanza...luego no eres tan desgraciado. Pobre de mí...Ai! de mi corazon, que ya le dijo adios a la esperanza!

D. CATALINO.—(*Comiendo famélicamente.*) Pero, hombre! No sabes que el decir adios no es irse? Vuelve sobre tus pasos; imita mi filosofía, i mira el ejemplo que te doi, comiendo con este apetito cuando talvez esté firmado el mandamiento de prision en contra mia

ESCENA VIII

DICHOS.—EL CRIADO *entra con una botella i una copa.*

D. CATALINO —Aquí viene el que da esperanzas! (*Al criado.*) Déjalo ahí, i cierra la puerta, al salir.

CRIADO.—Sí, señor.

(*Váse*)

ESCENA IX

DICHOS, *ménos el criado.*

D. CATALINO.—Sí, Tristan, prometo curarte de esa mania (*llena ambos vasos.*) Mira, se me ha ocurrido en este momento un proyecto que... pero bebamos por su realizacion (*beben*). Antes de todo, es menester que me digas la causa de tu determinacion.

TRISTAN.—Vas a oirla: ahora un mes estuve en los baños de Cauquenes, i allí conocí a una niña encantadora, que me volvió loco. Se llamaba Rosita, i era mas linda que la flor de su nombre. Andaba con su padre, del cual me hice amigo bien pronto. Al principio don Nicolas Mazo, que este era su nombre, parecia aprobar el que Rosita me mirase con buenos ojos; mas, cambió de repente...

D. CATALINO. ¿I era rico el señor Mazo?

TRISTAN.—No lo averigüé.

D. CATALINO.—Eso prueba tu poca madurez, hijo mio... pero, si-gue adelante.—¿I por qué cambió el hombre? talvez supo que tú eras pobre...

TRISTAN.—Algo hubo de eso; pero no fué lo principal...

D. CATALINO.—Le dirian que jugabas...

TRISTAN.—Tampoco. Todo fué porque le dijeron que yo era poeta, i vió unos versos que habia hecho a mí Rosita. Yo no conocí su aversion hácia mí sino cuando, despues de habernos concertado con la niña, se la pedí a él en matrimonio...

D. CATALINO.—I se la pediste, sin saber si el viejo tenia siquiera algun fundito?

TRISTAN.—Calla, Catalino! ¡Tambien ella me amaba a mí, sin saber si yo era pobre o rico... Pero don Nicolas me cerró completamente los puertas, diciéndome que su hija se habia de casar con un hombre que supiese trabajar, i no con un ocioso que no sabia mas que hacer versos... En balde le prometí abandonar a las Musas: no

hubo remedio... I no contento con esto, tuvo la crueldad de llamar a su hija, i hacer que allí delante de él me diese calabazas.

D. CATALINO.—I por esto te quieres arrojar al Mapocho, hombre de Dios? Pues yo he recibido calabazas unas veinte i siete veces, por lo ménos, i no por esto me he desanimado... Al contrario, he tenido filosofía i constancia, pues no soi un hombre que se ahoga en tan poca agua... ¿Sabes adonde he llegado, a fuerza de tentar la suerte?

TRISTAN.—No lo adivino.

D. CATALINO.—Pues he alcanzado a ponerme en disposicion de dar calabazas yo mismo.

TRISTAN.—Sí?

D. CATALINO.—Como lo oyes. Mira lo que vale la filosofía i la constancia. Yo no me amilano por poca cosa.

TRISTAN.—¿Es alguna linda muchacha la que tienes en vista?

D. CATALINO.—Ya te digo que yo tengo filosofía... yo no estoi ahora para muchachas: pasaron esos tiempos. Es una sabrosísima vieja, aliñadita, para poderla pasar, con mas de cien mil pesos.

TRISTAN.—De modo que si no tuviera el aliño de las pesetas...

D. CATALINO.—No la podria tragar el mas ansioso, i se le haria nudo en la garganta. Me atoraria con ella; te lo aseguro.

TRISTAN.—Entónces es un vestiglo.

D. CATALINO.—Vas a juzgarlo por su retrato...

TRISTAN.—Lo tienes ahí?

D. CATALINO.—Sí; es un soneto que he hecho, i que a fuerza de repetirlo, lo sé de memoria... Ya sabes que yo tambien soi aplicado a la poesía...

TRISTAN.—Si lo sé. A ver el retrato. Estoi ansioso de conocer a tu querida.

D. CATALINO.—Oye con atencion (*Dice el siguiente soneto, con afectacion*).

Los carrillos alzados cual montañas;
Dos grandes abanicos por orejas,
Pergaminosas, tiesas, disparejas;
Dos tomates por ojos, sin pestañas;

En el ceño se ven todas sus mañas;
I coronando el ceño, tiesas cejas;
De frente un dedo, i asperas guedejás,
I mas negro que todo las entrañas.

Imajina una hundida, oscura boca,
Una fiera nariz de garabato,
Tan puntilarga, que a la barba toca;
Pelos en el bigote, como un gato,
Un medio dientes, que al sepulcro invoca,
I tendrás de mi amada el fiel retrato.

TRISTAN.—Catalino, por Dios! Un hombre honrado como tú no debe engañar a esa mujer...

D. CATALINO.—No la engaño: la amo de veras. Las delicias que me esperan...

TRISTAN.—I puedes creerlo? ¿qué delicias ni qué amor puedes esperar...?

D. CATALINO.—I te parece poca dicha la esperanza de vivir cómodamente el resto de mis días; de ocupar una distinguida posicion al lado de mi arrugadita, como yo la llamo...

TRISTAN.—Oh!

D. CATALINO.—Tiene tres haciendas, casa ricamente amueblada, vajilla de plata, dinero a interes... ¿te parecen nada todos estos encantos, en una mujer?...

TRISTAN.—Ah! no creia que tú fueras capas de tal proceder...

D. CATALINO.—Es que tú no eres un hombre práctico como yo.

TRISTAN.—Pero vender su libertad por el dinero!

D. CATALINO.—Inocente! Jajaja! qué libertad ni qué niño muerto! Ahora es cuando estoi ménos libre, porque ni a la calle me es dado salir, por temor de mis acreedores... Ni puedo concurrir a ningun paseo, porque no tengo como presentarme con decencia... ¿Llamas a esto ser libre? Un verdadero cautivo no vive mas encerrado que yo... Pero en cuanto me case, en cuanto sea dueño de esos dulcísimos encantos de mi amada, entónces me mirarán todos con respeto, i me saludarán con cortesía, diciéndome: «Pase usted, señor don Catalino... Beso a usted la mano»... Entónces no me fastidiarán importunos acreedores, i tendré paseos, coches, caballos, casas, criados, haciendas, juegos, tertulias... Entónces, por fin, seré dueño de llevar mi persona a todas partes (*parándose con entusiasmo*). Entónces, amigo mio, seré libre! Bebamos por mi futura libertad! (*beben*).

TRISTAN.—No cambiaria por todo eso que dices una de las sonrisas de mi querida...

D. CATALINO.—Yo estimo en mas una carcajada de mi Columbina, con su boquita desmolada...

TRISTAN.—Si tú la hubieses visto que bella estaba aquella noche de luna, cuando nos paseábamos a orillas del Cachapoal...

D. CATALINO.—Amores a la orilla de un rio?... Tú estás loco... Prefiero el amor a la luz de magnificas lámparas, bajo dorados artesones, sentado sobre ricos almohadones de seda; rodeado del brillo encantador del lujo, en una nube de dulcísimos aromas, i recreando mi oido con las encantadoras armonías de la música. ¡Ese si que es amor!

TRISTAN.—Pero teniendo siempre un demonio delante...

D. CATALINO.—I qué me importa? Seria capaz de casarme con un palo, con una piedra, con el diablo mismo, con tal de obtener mi libertad.

TRISTAN.—Pero, ¿es comparable todo eso a la dicha de ser amado por un ángel?... Jamas me olvidaré... (*entusiasmado*). Marchábamos por la orilla del rio, i en su gracioso andar, parecia tocar apénas la tierra...

D. CATALINO.—Pues al contrario, mi Columbita está mirando siempre la tierra, que, con el favor de Dios, la ha de recibir luego en sus brazos.

TRISTAN.—(*Sin escucharle*). Sus dorados cabellos caian graciosamente...

D. CATALINO.—En mas estimo el dorado bolsillo de mi viejita...

TRISTAN.—Caian graciosamente sobre sus hombros de alabastro...

D. CATALINO.—Oh! El alabastro i mármoles de la casa de mi dulce vieja...

TRISTAN.—Sus ojos de esmeralda...

D. CATALINO.—Oh! Si vieras el collar que ella tiene! Son tamaños... como nueces, hombre de Dios.

TRISTAN.—Sus dientes de perlas...

D. CATALINO.—Mi viejita las tiene por centenares; pero no en la boca.

TRISTAN.—I esa dulzura inesplicable esparcida en su célico semblante...

D. CATALINO.—I esas arrugas que me anuncian dejarme viudo pronto...

TRISTAN.—Esa dulzura que arropa mis sentidos, que enajena mi alma, trasportándome a mundos desconocidos, i que me hace vivir en un instante, siglos de siglos de una dicha inefable! (*Se levanta entusiasmado i recorre la escena recitando los siguientes versos.*)

Volad! volad, dulces besos!
De la boca de mi amada,
I en torno del aura suave:
Venid a saciar mis ánsias!
Venid, que el deseo ardiente
Que en mí enjendró su mirada,
Activo en mi pecho bulle
I mi corazon abrasa!
Volad en torno a mi frente,
I al son de mis cuerdas blandas,
La entonaré mil canciones,
Que repitirán las auras.
I con mis tiernos suspiros
La enviaré mi esperanza,
I en alas a mis amores,
La libertad de mi alma...

D. CATALINO.—Ja! ja! ja!! Estás loco rematado...Tu ejemplo i el mosto han hecho brotar mi estro poético...Pero yo digo:

Volad, volad, dulces pesos
De la bolsa de mi amada!
Oh, talegos arjentíferos,
Venid a saciar mis ánsias!
Venid que el deseo ardiente
De agarrar esas alhajas
Activo bulle en mi pecho,
I mi corazon halaga.
Replétense mis bolsillos...
Ven a mis brazos, mi amada;
No temas venir envuelta
En oro, cobre o en plata,
Porque yo a todo me allano;
Soi hombre de buena paga,
I te pagaré en amor.
Tus arjentíferas gracias!
Yo soi todo sentimiento
Para tí...Tú me entusiasmas;
Deliro por abrasarme
En la metájica llama
De tu amor.....

TRISTAN.—Catalino! ¡Acompáñame mas bien al rio...vamos a arrojarlos al Mapocho...

D. CATALINO.—No seas loco...calla la boca..., No me cortes el hilo de la inspiracion...

Viejita mia!

No deseches mis plegarias!
La brillantez de tus ojos
No hai duda que esta apagada;
Que te sobran las arrugas,
Y que los dientes te faltan:
Pero ¿qué importa, si tengo
Auríferas esperanzas?
¿Qué importa que al suelo mires
Si así te quiero agachada?
¿Qué me importa que al hablar
Tirite i tiemble tu barba,
Si tus palabras sin hueso,
Cuando hablas como quien masca,
Son para mí tan sabrosas,
Tan dulces, suaves i blandas,
Que...

(Golpean la puerta)

¿Quién es?

ESCENA X.

DICHOS.—CRIADO.

CRIADO.—Un hombre busca ahí afuera al señor don Catalino...

D. CATALINO.—(Asustado) Un hombre! I que facha tiene? Que me mande decir para que me necesita...

CRIADO.—Dice que quiere hablar con usted mismo en persona...

D. CATALINO.—Ah! ya se... Dile que no estoy aquí...

CRIADO.—Pero; señor, si lo acaba de ver por la ventana...

D. CATALINO.—Maldita ventana! (*Va i la cierra*) Bueno: dile que espere.

CRIADO.—Esta bien, señor.

(*Vase.*)

ESCENA XI.

DON CATALINO.—TRISTAN.

D. CATALINO.—Pícaros! Ni aquí me dejan en paz...

TRISTAN.—Que hai?

D. CATALINO.—Que ha de haber, hombre, sino que estos diablos no me dejan vivir ni respirar...

TRISTAN.—Pero quienes son ellos?

D. CATALINO.—¿Quienes? alguno de mis acreedores... Me han oido la pista, sin duda... I sabe Dios si viene con algun mandamiento de prision...

TRISTAN.—Malo seria ello...

D. CATALINO.—Vaya si sería malo! Pero estos hombres no respetan nada... Les he dicho que les pagaré a todos, con tal que mejen casarme en paz; i no he podido conseguirlo... I ahora precisamente que estaba soñando, embebido en mis esperanzas de futuras i poéticas delicias, me vienen con sus prosaicas cobranzas... ¡que hombres!

TRISTAN.—Calma, calma... Acuérdate de tu filosofía!

D. CATALINO.—Calla la boca... Los acreedores no estienden de eso: son los seres mas antifilosóficos del mundo... No siguen otro sistema que echar a la carcel al que no paga... He ahí lo que se me espera, si no me caso luego... Aquí tienes la libertad de que gozo...

TRISTAN.—Pero es preciso que despaches luego a ese hombre.

D. CATALINO.—Alla voi... Estoy armado del valor, de la resolucion inquebrantable... de no pagarle ahora, sino con esperanzas, que es con lo que he estado pagando a mis acreedores, en estos últimos meses.

(Vase)

ESCENA XII.

TRISTAN.

¡Que posicion tan embarazosa! I yo que queria arrojarme al rio por que me veia despreciado de Rosita? ¿Pero no es casi peor el verse en la necesidad de manifestar amor a un diablo con polleras? Pobre Catalino!... Pero el tiene la culpa, por haber botado en el juego i las francachelas todos sus capitales... Eso mismo hará bien pronto con las riquezas de su nueva querida... conozco tanto a este perdulario amigo, que le llevo a tener lástima a la pobre vieja... El cree pagar a sus acreedores; pero estoy seguro de que con esos capitales adquirirá nue-

vas i mas crecidas deudas, en vez de deshacerse de las antiguas... Seria un bien para él ponérsele de por medio; pero ¿cómo disuadirlo de su empeño?... De todos modos, un hombre honrado como yo no puede permitir que un badulaque como Catalino engañe a una pobre vieja, que por verdes que tenga los cascos, solo ha de ser culpable de haber creído en los embustes que sin duda Catalino le ha metido en la chabeta... Sabe Dios si le ha ido a decir que es un hombre juicioso, sin deudas... Pero aquí viene...

ESCENA XIII

DON CATALINO—TRISTAN

D. CATALINO.—(*Riéndose*) Estoi de suerte, amigo mio.....Dame los parabienes...

TRISTAN.—Te compusiste con el acreedor?

D. CATALINO.—Que acreedor ni que niño muerto! Me estaba espantando de la sombra. Ahora siento no haber salido ántes.

TRISTAN.—I quien era ese hombre?

D. CATALINO.—El criado de mi Columbinita, que me traia un billete amoroso...Míralo: papelito rosado...olorosito, que da contento...

TRISTAN.—(*Riendo*) Con que te quiere mucho, eh?

D. CATALINO.—Vaya si me quiere! Si cuando estamos juntos, parecemos dos aprendices de amante...Nos adoramos...Si la vieras tú que mona se pone cuando le digo mis requiebros amorosos, i los visajes que hace la pobre viejecita de mi alma, cuando le cuento lo que mi corazon sufre, deseando la dichosa unionMira lo que me escribe. (*Lee*) «Catalino de mi vida: ¿Por qué no has venido, en todo el dia? Estoi enojada, mui enojada, i no me desagruarías, si no vienes esta noche, a las diez, a cenar con tu Columbina»—Ja, ja, ja! ¿qué te parece?

TRISTAN.—Pobre vieja! ¿I te atreves a reirte de su sencillez i credulidad?

D. CATALINO.—Ja, ja, ja, ja!...Tú si que eres inocente i sencillo! I quieres que deje escapar la fortuna que se me quiere entrar a la fuerza por la ventana?...Oye la postdata: (*Lee*) «Postdata: Ya están casi concluidas las diligencias de nuestro matrimonio. Amor mio! Mi corazon suspira por quedar preso, cuanto ántes, en las dulces redes del dios Himeneo. Tuya hasta despues de la tumba—Vale.»

TRISTAN.—;Hasta despues de la tumba!

D. CATALINO.—Este si que es amor, hombre... A propósito de tumba, en cuanto me case, le compro sepultura de familia. Si no la tiene, prometo hacerle un mausoleo tan suntuoso, que le han de dar ganas a mi palomita de anidar en él, cuanto ántes...

TRISTAN.—Pero esos pensamientos son indignos de un hombre bien nacido.

D. CATALINO.—Déjate de tonterias... Te convido para la boda, i tambien para el entierro, que prometo ha de ser lujosísimo... He de cubrir de negro a toda la Compañía, porque es la iglesia que le gusta.

TRISTAN.—Jesus, Catalino!!

D. CATALINO.—I si quieres imitarme, Columbita vive con una hermana, que es casi mas vieja, mas fea i mas rica que mi adorada: te convido para que le hagas la corte. Si consigues su voluntad, hacemos los dos matrimonios a un tiempo.

TRISTAN.—Estas loco?

D. CATALINO.—No quieres? pues peor para tí ..Pero es el caso que ya he mandado decir con el criado a mi viejita que te llevo esta noche...

TRISTAN.—No, no, no!!

D. CATALINO.—Ya que tú no quieres ser feliz, acompáñame siquiera a beber por mi cercana dicha... (*beben. Despues declama paseándose por la escena los siguientes versos:*)

¡Que vida voi a pasar
Con mi viejita adorada,
Entre diamantes i perlas
I topacios i esmeraldas!
Brocatos i sederias,
Paseos, flores i sambras,
I manjares esquisitos
I vinos de clases varias;
Oyendo el ruido armonioso
De la vajilla dorada,
I pisando, a cada paso,
Cristales i porcelanas!
Dormir en lecho de plumas,
Entre sábanas de Holanda,
Allá en dorados retretes
De paredes incrustadas,
I pasarme así los días
Sin salir al sol ni al agua!

TRISTAN.—I por esos goces materiales truecas...

D. CATALINO (*sin escuchar*)

¡Que esto no llamen gozar!
Viejita de mis entrañas!!
Cuando veo, de diamantes,
Cubiertas tus descarnadas
I pergaminosas manos,
Las lágrimas se me saltan
Del mas furioso cariño;
Pues te amo con furia tanta,
Que si fuera tu heredero,
De puro amor, te matara,
Aunque sufriera el pesar
De quedarme en tus estancias,
Que, como son cosas tuyas,
Las quiero con toda mi alma!

TRISTAN.—Hasta cuando ensartas barbaridades!

D. CATALINO.—Es que cuando me acuerdo de ella, me rebosa el entusiasmo poético por todos los poros... Mas, por último, si no vienes conmigo, tengo que dejarte, porque se acerca la hora... Adios. (*Se despide de él i sale*).

ESCENA XIV

TRISTAN

De todos modos, este bribon talvez va a salirse con embaucar a la rica vieja... Quisiera conocerla i hacerle el servicio de desengañarla, si ello es posible... Talvez esto es mejor que tirarse al rio; ademas de que bien puedo ahogarme mañana o pasado. (*Abriendo la ventana*). Catalino! Espérame; te acompaño.

D. CATALINO (*desde afuera*).—Gracias a Dios, hombre, que te diste a la razon... La otra viejecita es un modelo de virtud... Dicen, i yo lo afirmo con mi pescuezo, que no se le ha conocido nunca ninguna aficion... Ven pronto!

TRISTAN.—Voi.

(*Vase.*)

Cae el telon.

ACTO SEGUNDO

La escena de este i del último acto pasan en una pieza medianamente amueblada, de cuyas paredes penden algunas estampas de santos i dos espejos, sin orden ni gusto en su colocacion. En un lado de la pieza, se ve una mesita pequeña, con los avíos de tomar mate, junto a un braceró de cobre, con una tetera con agua para lo mismo: sobre una silla, un canasto de costura, i sobre la alfombra, tendidos varios moldes de vestido de mujer, junto a un rollo de jénero, del cual se han cortado varias piezas del traje, quedando las tiras diseminadas por el pavimento. Una puerta en el fondo cae al patio de la casa, otra a la derecha da a un pasadizo de entrada, i por fin, otra a la izquierda comunica con la alcoba.

ESCENA PRIMERA

DOÑA COLUMBINA.—ROSA.

D^a COLUMBINA.—(*Ocupada en estender el jénero para concluir de cortar el traje*).—Bendito sea Dios, Rosita: ¿quién me habia de decir que, despues de no sé cuántos años de viudez, habia de volver a mis tiempos?... Estoi segura de que a Nicolas, tu padre, le ha de parecer mal este matrimonio que voi a hacer...

ROSA.—I por qué, pues, tia? Ya usted sabe que mi padre la ha querido siempre...

D^a COLUMBINA.—Sí, no puedo negarlo: le debo mucha estimacion i cariño a mi buen cuñado Nicolas; i la prueba de que me estima es que te ha dejado a mi cuidado... I te aseguro de que no te arrepentirás de haber estado a mi lado, porque, en cuanto yo arregle mis negocios, me ocuparé de los tuyos...

ROSA.—No hablemos de eso, tia mia... Pero, ¿por qué cree usted que a mi padre disguste este matrimonio, cuando desde que él dirige los negocios de usted, jamas ha contrariado su voluntad?

D^a COLUMBINA.—Cierto; pero este Nicolas es así, hijita, i ya sabes que tiene unas ideas del siglo pasado, tan rancias, tan fuera de estilo, que es de morirse el oírlo... Por eso es que quiero traerte de Rancagua en donde él te tenia encerrada entre cuatro paredes, e introducirte en el mundo elegante, que es donde deben estar las niñas como tú.

ROSA.—Mil gracias tia.

D^a COLUMBINA.—Ya te digo, Nicolas es así, tan raro en sus ideas, que todos los días me hace acordarme de mi primer marido... Pobre don Agapito de mi alma! Dios lo tenga en el cielo... Así tambien era el pobrecito, enemiguísimo de las cosas de moda, por lo cual estabamos siempre de punta... Dios lo haya perdonado!

ROSA.—Pero no crea, tia, que mi buen padre se oponga...Dígame usted: ¿no seria mejor esperarlo? En pocos dias mas estará aquí.

D^a. COLUMBINA.—Nó, niña. Me caso ántes; i ya se lo tengo dicho a mi Catalino ¡Qué gallardo estaba anoche. ¿no te acuerdas?...Sí, lo haré ántes...Cuando Nicolas llegue, regañará i pateará un poco; pero ya no tendrá remedio...Asi tambien lo hacia con mi querido don Agapito...Dios lo tenga en gloria!...Venia a saber las cosas, despues que yo las habia hecho, i cuando de nada le servia hablar; i asi pasaba por todo...Dios lo tenga perdonado al pobre viejo de mi alma! No tuvimos jamas un sí ni un nó...

ROSA.—(*Sonriéndose*) Ya se ve! obrando usted como lo hacia.....

D^a. COLUMB.—Si, pues, hijita, yo fui mui buena casada, i por esto Dios me premia haciéndome pasar a segundas nupcias...Si; he sido siempre una mujer mui sumisa, como debe ser toda esposa honrada i cristiana i timorata de Dios...Al principio, euando vi que mi don Agapito se oponia siempre a lo que yo queria hacer, armándome disputas i entrando en dimes i diretes, que convertian a toda la casa en un infierno, no podia conformarme, porque con las rabietas que me ocasionaba el hombre ¡era tan porfiado! me hacia perder la gracia de Dios todos los dias...I como soi tan de paz i tan enemiga de las disputas, sobre todo, con el marido, a quien siempre, hijita, debemos las mujeres respetar i no contradecir en lo mas mínimo, tomé el partido de no consultar con don Agapito nada de lo que queria yo hacer.

ROSA.—(*Con candidez.*) I ¿no se enojaba despues de...

D^a. COLUMB.—Al principio, sí, muchísimo: ¡tenia tan mal jenio el pobrecito! Dios le de gloria! Pero luego que principiamos a confesarnos con un padre mui hábil i santo, que estaba de guardian en Santo Domingo, a quien yo siempre le hablaba de lo porfiado que era mi marido, i de lo que aborrecia las modas, los bailes, los paseos, tertulias, i demas usos recibidos en la sociedad, conocí que don Agapito se daba a la razon, talvez por mis oraciones i los consejos del siervo de Dios, que era mui de mi casa...Desde entónces, yo hacia lo que queria, sin consultar: disponia los paseos; armaba las tertulias, i hacia compras, que don Agapito venia a saber cuandctenia que pagarlas...Rabiaba un poco, allá a las perdidas; pero ya no disputamos ni peleamos mas: hubo paz en la casa; cesó el mal ejemplo en la familia, porque yo tenia la prudencia de obrar sin hacer caso a don Agapito...Oh! Rosita, Rosita: es menester que la mujer que dobla su cuello al santo i dulce yugo del sétimo sacramento, sea mui pruden-

te, pacífica i sumisa con su esposo!...Yo he sido un modelo a este respecto...¡un modelo!

ROSA.—Sin duda don Catalino lo ha sabido, i por eso...

D^a. COLUMB.—¿Pues no? Por eso anda que bebe los vientos por conseguirme: pero ¿no es verdad, sobrina mia, que es buen mozo a las derechas?

ROSA.—Cierto, tia.

D^a. COLUMB.—I que gallardo i bien plantado!...En cuanto nos casemos, le he de decir que entre de oficial, en el batallon cívico...A mí me han gustado siempre los hombres vestidos de oficial; pero nunca pude conseguir con don Agapito que se pusiera la casaca...¡Era tan raro el pobre viejo de mi alma! Dios lo haya perdonado.

ROSA.—Pero con don Catalino lo conseguirá...Es tan condescendiente!...

D^a. COLUMB.—I luego que me adora, niña...No te he leído unos versos que me envió el otro dia...Aquí están (*saca un papel del seno*) Los ando trayendo junto a mi corazon...

ROSA.—Si ya me lo ha mostrado mas de seis veces...

D^a. COLUMB.—Ah! Pero yo no me canso de leerlos...¡Como tú no estás enamorada!.....*Abre el papel, haciendo morisquetas i zalamarias i lee algunas palabras...*

Columbita mia!
Cara de clavel,
Mi tierno pimpollo,
Que linda esta usted!

(*Se pone enfrente de un espejo i se mira en él. con coqueteria.*)

Que linda esta usted!
Que linda esta usted!

Me adora, niña, me adora!!...

ROSA....Pero, tia! (*Con aire de reconvencion.*)

D^a. COLUMB....Ya se lo que me vas a decir... Cierto que cuando me miro al espejo, hai veces que estoi por no creer en esas alabanzas... Pero como el amor es ciego, niña, i por otra parte, Catalino no es un tonto para que se fije en caritas mas o ménos alfeñicadas... Ah! i se me olvidaba ir a ver los dulces que se están haciendo en la cocina... Creo que saldrán mui buenos, sobre todo el de duraznos, que tanto le gusta a mi Catalino... Mira: arregla i dobla este jénero para que se lo entregues a la costurera, que luego ha de venir; i encárgale que no me deje el vestido ancho de cintura...

ROSA....Esta bien, tia.

D^a. COLUMB....(*Hace ademan de irse i vuelve.*) I se me olvidaba preguntarte si te ha gustado el compañero que trajo anoche Catalino.

ROSA....(*Turbada*) Yo, tia, no...

D^a. COLUMB....Ya te entiendo, picarona! Confiesa que Tristancito te dejó preocupada... No te pongas colorada, ni te avergüences, que esto no es un pecado, gracias a Dios. En cuanto ví que te turbaste, cuando él entró, dije para mis adentros: amorcito tenemos! I no es para ménos la cosa, pues el mozo es un merengue, i se halla en el punto. Ah! si yo tuviera diez años ménos!... Pero, no, no!... Yo soi constante: amo i amaré siempre a mi Catalino... I, despues de todo, aun no me has dicho como te pareció Tristan:

ROSA.—No piense en eso, tia...

D^a. COLUMB.—Que no piense en esto, cuando tu felicidad me ocupa tanto como la mia? No te lo habia preguntado ántes, porque tengo ahora la cabeza, que... Tú no sabes lo que es la cabeza de una mujer enamorada... Una no se acuerda entónces mas que de su querido... Voi a ver los dulces... En cuanto llegue Catalino, me llamas...

ROSA.—Así lo haré, tia.

D^a. COLUMB.—I no te olvides de disfrazarte, ántes que él llegue. Mira que se acerca la hora (*Váse saltando como una muchacha.*)

ESCENA II.

ROSA. (*Saca del canasto de costura una peluca, una nariz de carton, unos anteojos i los demas objetos que espresa el monólogo, los cuales se irá poniendo, a medida que habla.*)

Está loca mi buena tia con su Catalino, que a mi me parece el pícaro mas redomado del mundo, i que, atraído por la riqueza de mi tia, anda viendo modo de estafarle algo... I ella cree que ese hombre puede quererla! Desde la primera vez que lo vió formó el proyecto de conquistarlo, i ha olvidado a su don Agapito, a quien tenia siempre en la boca... Como teme que su querido la vea cerca de una niña, me hace disfrazarme con esta peluca i estos anteojos... ¡Qué narices, Dios mio!... I estos lunares, que es preciso ponerse uno en la frente, dos en la barba i este con pelos largos, aquí en el labio superior... ¿a qué lado? no me acuerdo: creo que es a la derecha... Ya están. Vamos a los polvos negros ahora... (*se mira al espejo*) ¡qué vision, por Dios!... Apesar de que estoi bien disfrazada, tengo que ponerme en los rincones oscuros, por temor de que no me

conozca..... Luego han de venir..... Si me conociese Tristan, que pensaria?... Anoche, cuando lo ví entrar con don Catalino, no sé lo que pasó por mí... ¡Cuándo creeria que esta fea vieja, a la que el dirijia la palabra tal vez por reirse, fuera su linda Rosita, como no ha mucho me llamaba! Pero tal vez me ha olvidado, porque mi tia dice que son así los hombres... (*se entristece*)... I si me ha olvidado ¿no tengo yo la culpa? ¿yo, que tuve que decirle delante de mi padre que no lo queria? I sin embargo, apesar del mandato de mi padre, a pesar de los esfuerzos que he hecho, siempre lo tengo en la memoria, i deseo que vuelva, aunque sea para que me vea en esta figura... Pero aquí vienen... Ellos son...

ESCENA III.

ROSA.—DON NICOLAS.

D. NICOLAS.—Deo gracias! ¿Hai alguien en esta casa?

ROSA.—(*Corre hácia su padre con los brazos abiertos.*)—Padre mio!

D. NICOL.—(*Asustado i mirando de arriba abajo a Rosa.*) Señora!

ROSA.—(*Queriendo abrazarlo.*) Mi querido padre!

D. NICOL.—Yo su padre! Esta vieja está loca... Si tiene padre vivo, debe contar mas años que Matusalen!

ROSA.—Ah! (*Se quita la nariz i los anteojos*) ¿No conoce a su hija?

D. NICOL.—(*Abraza a Rosa*) Ja! ja! ja!! que vision! (*Mas serio.*) Pero ¿qué es esto, Rosa? ¿Se ha vuelto casa de comedias esta casa?

ROSA.—Le contaré, padre; pero es menester que se siente... (*Le pasa una silla.*)

D. NICOL.—Sentémonos a escuchar... Esto debe ser un nuevo capricho de esa loca de la Columbina.

ROSA.—Antes de todo, sepa que mi tia piensa casarse...

D. NICOL.—Por Cristo crucificado! ¿Se ha vuelto mas loca de lo que es?

ROSA.—No alce tanto la voz, porque ella puede oirnos... Si; quiere casarse con un caballero que visita la casa todos los dias...

D. NICOL.—Algun estropajo viejo como ella...

ROSA.—No, señor; es mozo i...

D. NICOL.—Entónces, es algun botarate, que quiere gastarte todo lo que tiene...

ROSA.—Asi lo creo yo tambien...

D. NICOL.—Pero ¿qué tiene que ver eso con tu disfraz?

ROSA.—Voi a decírselo a usted. Mi tia ha temido que su novio se incline a mí, si me ve junto a ella en mi figura natural, i me ha rogado que me transforme en una vieja...

D. NICOL.—Ya, ya! para que, a fuerza de ponerte fea, no parezca ella tan horrible...

ROSA.—Eso debe ser.

D. NICOL.—¿Habrá loca como esta? Miéntras mas vieja mas verde ...Pero de qué me admiro, si siempre ha sido asi?...En vida de su primer marido, digo mal, porque no fué vida la que pasó el pobre Agapito con esta mujer...

ROSA.—Me ha contado que era mui buena esposa...

D. NICOL.—Si, esposa de fierro, como las que les ponen a los presos de la carcel...

ROSA.—Que era mui obediente i consentida con su marido.

D. NICOL.—Ja! ja! ja! Si! sometida a los bailes i a las jaranas.

ROSA.—I que jamas tuvo un sí ni un nó con don 'Agapito....

D. NICOL.—Desde que lo enterraron, te habrá querido decir; por supuesto: despues de viuda, no ha tenido jamas un sí ni un nó con su difunto esposo.

ROSA.—Sin embargo, padre, se está acordando todos los dias de su primer marido...

D. NICOL.—Es el recurso de todas las viudas que no han sabido portarse bien cuando casadas...Les queda el refran de lo bueno que era el difunto...I con el difunto arriba i el difunto abajo, catarrean i aturden a todo el mundo...Así ha sido la Columbina: no contenta con haberle molido la paciencia al buen Agapito, en vida, ha seguido remoliéndole los huesos, despues de muerto...

ROSA.—Padre, padre de mi alma: no sea cosa que nos vaya a oír...

D. NICOL.—I aunque me oiga...Se lo he de decir a ella ahora mismo Ya no hai paciencia para sufrir tantas locuras. Desde que murió su don Agapito, lo ha tenido en la boca, ya que no lo tuvo jamas en su corazon, cuando vivo...¿No tiene todavía el retrato?

ROSA.—Un maniquí grande de palo, que el otro dia ví en esa otra pieza?

D. NICOL.—Ese mismo. En la efijie de Agapito, que ella mandó hacer a un carpintero mui curioso que habia en Rancagua entónces....

ROSA.—I a mí que me dió tanto miedo la primera vez que lo ví! Parece Santo de iglesia...

D. NICOL.—Lo mandó fabricar, como te digo, porque decia que aquella efijie de su marido le habia de servir de consuelo, i no podia acostumbrarse a ver vacia la silla en donde Agapito acostumbraba sentarse...Lo mantenía siempre en esta misma pieza, vestido con su ropa; i hasta espuelas solia ponerle a veces...

ROSA.—I como dice su merced que no lo queria?

D. NICOL.—Calla la boca...Si mandó hacer el *mono*, fué, sin duda porque su marido le hacia falta para descargar en él sus jenialidades. Despues de haberlo mortificado en cuerpo i alma, siguió martirizándolo en efijie...I dónde tiene ahora el tal espantajo, que no le veo aquí?

ROSA.—Lo hizo entrar en esa otra pieza, desde que principió a visitarla su novio...

D. NICOL.—Se conoce que este va ganando terreno; i pronto veremos al *mono* de palo en el gallinero...Pero no le arriendo las ganancias al tal novio, cuando...

ESCENA IV

DICHOS—D^a. COLUMBINA

D^a. COLUMB.—Ya, estás, Catalino, aquí! I cómo no me habias enviado a buscar, Rosa? (*Repara en don Nicolas*) ¡Nicolas! Gran Dios...Tú aquí!

D. NICOL.—Mucho disgusto te causa mi presencia, eh? No me esperabas, sin duda.

D^a. COLUMB.—No es disgusto...eso nó, Nicolas, sino que...como estoi, desde algun tiempo a esta parte, tan impresionable, tan nerviosa i asustadiza...

D. NICOL.—Déjate de simplezas, Columbina, no me vengas a mí con esos cuentos de nervios...

D^a. COLUMB.—No he podido dejar de sorprenderme al verte de repente...

D. NICOL.—He venido a asistir a tu boda...

D^a. COLUMB.—¡Como! Tú?

D. NICOL.—Como tu no me convidabas, quise hacerme el convidado...

D^a. COLUMB.—Pensaba hacerlo, cuñado mio, pero...I como lo supiste?

D. NICOL.—No es del caso entrar por ahora en estas averiguacio-

nes... Cuando me lo contaron, no lo creí, i aun oyéndolo de tu boca, apénas doi crédito...

D^a. COLUMB.—I por qué? Veamos porque!

D. NICOL.—Pero, mujer de Dios, no te ha dicho el espejo que ya es tarde para casarte?

D^a. COLUMB.—Estoi resuelta, Nicolas, a encender por segunda vez la antorcha del himineo.

D. NICOL.—Déjate de antorchas...I en esa edad, mujer te atreves a encender antorchas?

D^a. COLUMB.—Cierto es que no soi una chiquilla; pero tampoco soi tan vieja...Espera...aguarda...Cuando la batalla de Rancagua, estaba mui muchacha...

D. NICOL.—.Eras mujer de colmillo, en ese tiempo...

D^a. COLUMB.—Calla: tú no te acuerdas... Estaba muchacha, entonces... A la fecha, tendré unos cuarenta i pico...

D. NICOL.—Cuarenta! En cada pata, mujer; en cada pata! porque el pico de que hablas debe ser de otros cuarenta, por lo ménos...

D^a. COLUMB.—Jesus! Nicolas! que grosería! Tratar de ese modo a una señora! Siempre has sido un descortes...

D. NICOL.—La verdad es siempre descortesía para los que viven de adulaciones i mentiras...

D^a. COLUMB.—Es que tú eres formado de una pasta demasiado gruesa para que puedas comprender el trato delicado i culto de las finas sociedades, en que yo he vivido siempre... Ah! estoi por accidentarme...!

D. NICOL.—No te accidentes ántes de tiempo: espera un momento, que quiero aquí decirte la verdad... ¿Crees que yo he puesto mi hija a tu lado para que presencie semejantes ejemplos?

D^a. COLUMB.—No veo que mal ejemplo sea el que una trate de ligarse con los santos nudos del matrimonio... Vaya! Ni un sacramento tan santo respetan los hombres como tú...

D. NICOL.—I crees tú que un hombre de bien tenga estómago para casarse contigo?

D^a. COLUMB.—¡Qué atrevimiento! ¡qué grosería! Yo me descoyunto! (*con enerjia.*) Pero si tú no gustas, no por eso lo he de dejar de hacer...

D. NICOL.—Miéntras mas vieja mas verde!

D^a. COLUMB.—Vieja! Aun cuando sea vieja i revieja, a tí no te importa... ni tienes porque entrometerte en mis cosas...

D. NICOL.—Dios me libre! Solo queria...

D^a. COLUMB.—Tú no eres ni mi curador ni mi marido...

D. NICOL.—A Dios gracias!

D^a. COLUMB.—I soi una mujer que tengo edad...

D. NICOL.—Como no? de sobra!

D^a. COLUMB.—Digo edad suficiente para que nadie coarte mi libertad...

D. NICOL.—Ya se vé! Nadie te la ha podido coartar jamas...

D^a. COLUMB.—Es cierto, porque he sido siempre amiga de la libertad i del espedito ejercicio de los derechos ..

D. NICOL.—Aunque tú has andado siempre por el lado zurdo...

D^a. COLUMB.—Repito que eso no debe importarte... Yo soi dueña de mi voluntad, i puedo hacer lo que quiera... Así es que me caso, i me casaré diez veces, si se me antoja, sin pedirle licencia a nadie... Sí, a nadie! a nadie!... Porque soi libre (*al decir lo siguiente, dá dos o tres saltos, abriendo los brazos; tropieza i cae al suelo*) libre, libre, como los pajarillos que vuelan por los aires... Ai! casi me habia caido!

D. NICOL.—Ve, mujer, como la tierra reclama ese cuerpo viejo, que tú quieres echar a volar por los aires...

D^a. COLUMB.—Si mi cuerpo es viejo, mi alma es jóven, i mi corazon está cada día mas tierno...

D. NICOL.—Te engañas, mujer de Dios, porque ya debes tener el corazon como un terron.

D^a. COLUMB.—El engañado eres tú, que no has tenido corazon jamas... El mio está cada día mas sensible a las tiernas impresiones.

D. NICOL.—(*Menea la cabeza i vuelve la cara.*) Vaya! Una vieja verde no tiene cura.

D^a. COLUMB.—Vieja o no vieja, Catalino de la Gacetilla me quiere así, i santas pascuas... Tanto mas cuanto que él es filósofo, segun me ha dicho, i no se fija tanto en caras i edades, como en las cualidades...

D. NICOL.—Lo concibo: debe ser de esos que se fijan en las pesetas... I que peseta será él!... Tengo ganas de conocerlo...

D^a. COLUMB.—Pues lo conocerás i lo querrás a tu pesar... Es un hombre irresistible... Apénas lo ví, lo hice dueño absoluto de mi albedrío... El se ha vuelto loco, como yo...

D. NICOL.—Virjen de Andacollo! Quítale el diablo del cuerpo a esta mujer...

D^a. COLUMB.—Sí! loco! loco!... Para que me creas, te voi a leer los versos que me envió, no se qué dia... por que han de saber que es

poeta; i cuando me relata sus versos con aquella vocecita de ángel que tiene, me trastorna, me descoyunta toda; casi me accidento...

D. NICOL.—Por las once mil vírjenes! Poeta! con que tambien hace versos! Debiera haberlo presumido... No necesito saber mas... I yo que he dejado a mi hija, por tanto tiempo, al lado de esta loca!... (*a su hija*) Rosa, Rosa, tú debes salir al momento de esta casa...

ROSA.—Padre, como su merced quiera; pero...

D. NICOL.—No me vengas con peros ni manzanas... Arregla pronto tus trevejos, i agur... En cuanto a tí, Columbina, te diré que desde hoi dejó de representarte en tus negocios...

D^a. COLUMB.—Razon de mas para que yo busque quien me represente i administre mis capitales.

D. NICOL.—I te gaste, i te bote todo a la calle...

D^a. COLUMB.—Que lo bote; para eso es mio mi dinero; i lo mio es suyo... Pero gran Dios! Aquí viene Catalino!...

D. NICOL.—Quiero conocer a esa alhaja...

D^a. COLUMB.—Nó, nó, Nicolas, por Dios! Entra ahí a la alcoba... ¿Qué diria, sí encontrara un hombre aquí?

D. NICOL.—Tambien con misterios?

D^a. COLUMB.—Ah! si tú supieras... Catalino es celoso como un turco... I tú, Rosa, lleva tus narices i tus anteojos a la alcoba, para que no te vea así... Por favor, Nicolas!

ROSA.—Padre mio, cúmplale a mi buena tia este deseo...

D. NICOL.—Tambien tú? Pero vamos: veremos como se esplica este tunante...

(*Vanse.*)

ESCENA V

DOÑA COLUMBINA.—DON CATALINO

D. CATALINO.—Qué dicha, Columbita mia! La encuentro a usted sola, cuando creia haber oido hablar...

D^a. COLUMB.—(*aparte*: tal vez ha oido algo.) ¿Era usted Catalino? Siéntese usted. Mui temprano me ha dado usted el placer de verlo...

D. CATALINO.—I lo siente usted, mi dulce paloma?...

D^a. COLUMB.—(*aparte*: qué fino.) Sentirlo yo? No lo crea, de ningun modo, amigo mio... I aunque mi boca lo dijera, los latidos de mi amante corazon desmentirán mis palabras...

D. CATALINO.—Oh! siento repercutir esos latidos aquí en mi pe-

cho, porque nuestros corazones son dos relojes movidos por una misma cuerda...

D^a. COLUMB.—¡Qué poético! I esa cuerda es el amor.

D. CATALINO.—Sí! el amor, dulce Columbita mia... Ese sentimiento cuyo símbolo son las aves que llevan tu lindo nombre (*acerca una silla i quiere tomarle una de las manos*)...Sí, paloma mia, mi tierna tortolilla, el amor...

D^a. COLUMB.—(*aparte*: qué hombres estos!) Retírese usted, Catalino!.....

D. CATALINO.—(*retira su silla*). Retírome a mi pesar, i solo porque usted me lo manda. (*aparte*: gracias a Dios)

D^a. COLUMB.—(*aparte*: que obediente i ardoroso al mismo tiempo!) talvez he sido demasiado cruel con él. Ah! Catalino! Me siento otra delante de usted: pero como no estoi acostumbrada a estas escenas (*se cubre la cara con el pañuelo*), la cortedad..... el rubor me hace decirle..... pero no, ¿no me perdona usted?

D. CATALINO.—Oh, cándida Paloma! los ánjeles no piden perdón a los míseros mortales..... Dios los suele enviar, de vez en cuando, a la tierra para que transporten a los hombres al cielo.....

D^a. COLUMB. Magnífico! soberbio, poético, sublime! Pues si es cierto lo que usted dice, yo le juro que un miserable mortal, como usted se llama, puede acrecentar la dicha de esos ánjeles.....

D. CATALINO.—Colomba!

D^a. COLUMB.—Catalino!

D. CATALINO.—Ah!

D^a. COLUMB.—Oh!

D. CATALINO.—Uff!! (*aparte*: estoi atosigado) No puedo mas; pero tiene 100 mil pesos.

D^a. COLUMB.—Perdone usted; cortemos esta escena..... Mi sensibilidad..... Estoi asustada..... Tengo un corazón tan impresionable!

D. CATALINO.—Está usted enferma! (*aparte*: No se vaya a morir, ántes de tiempo)..... Voi volando a buscar a un médico.....

D^a. COLUMB.—(*aparte*: qué interés por mí!) No vaya, Catalino; no, las enfermedades del corazón no las curan los médicos, sino quien las ha producido.....

D. CATALINO.—Pero usted sufre, alma mia.....

D^a. COLUMB.—No es nada..... Un poco de fiebre..... Tómeme el pulso.....

D. CATALINO.—(*aparte*: Es preciso complacerla en todo.) Venga

esa linda mano (*le toma el pulso*). Quisiera poseer la ciencia de Hipócrates para tener el placer de ser el médico de mi Palomita.....

D^a. COLUMB.—Gracias, gracias! I con que gusto no pagaria yo las visitas de un médico tal!

D. CATALINO.—¿I qué mejor pago, alma mia, que tener entre mis manos este tesoro? (*aparte*: parecen sus manos un pergamino re-seco.....)

D^a. COLUMB.—(*aparte*: I cómo aprieta! Está rematado)... Pero no me aprietes tanto el brazo, que...(lo retira prontamente) (*aparte*: si con estos hombres; no se puede descuidar una.)

D. CATALINO.—Perdóname, alma mia, si me he propasado (*aparte*: no me quedaba otro recurso que meterle mis uñas para que retirase su mano)... (*vuelve a sentarse*)... Pero es menester, Colomba mia que le diga a usted el segundo objeto de mi visita, despues de verla...

D^a. COLUMB.—Cuál es?

D. CATALINO.—El amigo con quien vine anoche...

D^a. COLUMB.—Tristan?

D. CATALINO.—Sí; se ha enamorado perdido, loco, desafortadamente de su hermanita de usted.

D^a. COLUMB.—¿De veras?

D. CATALINO.—Como lo oye... Son un volcan el pecho i la cabeza, de ese jóven... Cómo es poeta...

D^a. COLUMB.—Sí! I habrá dos poetas en casa... I se harán versos, que se resitarán en las tertulias... No me diga usted mas: lo comprendo todo...

D. CATALINO.—Lo decia yo! Su penetracion adivina lo demas... ¿I qué dice usted?

D^a. COLUMB.—Que Rosa se casará con su amigo... Habrá dos bodas a un tiempo... Dos poetas!

D. CATALINO.—I qué prometen, Columbita.

D^a. COLUMB.—Qué celebraciones de santos no hemos de tener! Habrá pavos con papeles picados llenos de versos...

D. CATALINO.—Yo me muero por los pavos asados, Columba mia!

D^a. COLUMB.—I fuentes de dulces de gindas, duraznos... con décimas...

D. CATALINO.—Oh! el dulce de duraznos me entusiasma... Prometo hacerle décimas...

D^a. COLUMB.—I tortas de las monjas...

D. CATALINO.—Ah! las tortas! las tortas de las monjas! No hai

cosa que sublime mas mi jenio poético que una torta bien hecha!... Es para lo que sirven las monjas, Columbita...

D^a. COLUMB.—Qué gusto! I se darán piés forzados, en la mesa; i ustedes dejarán con la boca abierta a los concurrentes, quienes admirarán el talento del dueño de casa...

D. CATALINO.—I la belleza de las esposas...

D^a. COLUMB.—(con coqueteria.) No sea usted zalamero!

D. CATALINO.—Pues, vuelvo a darle esta feliz nueva a mi amigo... I miéntras tanto ¿qué esperanza me dá usted a mí de...?

D^a. COLUMB.—Cuando usted ménos lo piense, Catalino...

D. CATALINO.—Oh! ruégole a usted que me abra cuanto ántes la puerta del cielo! (*aparte*: Debiese decir las puertas de la cárcel, pues me parece que estoi allí alojado.)

(*Vase.*)

ESCENA VI

DOÑA COLOMBINA

Qué talento, qué imajinacion i qué viveza de hombre!... Al fin habia de encontrar un corazon que comprendiese el mio... Lo vamos a pasar como dos tortolillas... Rosa! Rosita!

ESCENA VII

DOÑA COLUMBINA.—ROSA.

ROSA.—Aquí estoi, tia... ¿Ya se fué?

D^a. COLOMB.—Va mas amartelado que nunca... ¿Sabes que ha venido a pedirme tu mano para su amigo?

ROSA.—Para Tristan?

D^a. COLUMB.—Si, hijita ¿qué buen mozo, no? Le he contestado que por mi no hai inconveniente, i que estaba segura de tu voluntad...

ROSA.—Pero, tia; i mi padre ..

D^a. COLUMB.—Ah! no me acordaba... como este Nicolas es tan raro, talvez no querrá... Te aseguro que estoi preocupada con este matrimonio... Me siento rejuvenecer... Lo vamos a pasar como dos tortolitas... Ah! sobrina mia! Lo que es el amor!... Me parece que estoi lo mismo que cuando me pretendia don Agapito, allá el año... Pero ¿qué es esto?

ESCENA VIII

DICHOS.—DON NICOLAS (*Entra con la efígie de don Agapito a cuestas.*)

D^a. COLUMB.—Don Agapito! Nicolas, que estas haciendo?

D. NICOL.—Caramba! Agapito pesaba mucho ménos en vida que lo que hoi pesa en muerte... (*lo deja en el suelo.*)

D^a. COLUMB.—Pero ¿por qué has hecho esto?

D. NICOL.—Ha sido una inspiracion, mujer... Creí que Agapito querria presenciar en efígie las segundas nupcias de su esposa, i lo he traído... Pesa como un diablo!

D^a. COLUMB.—Me asustastes... Como estoi tan impresionable! Pero ¿para que lo dejan caer tan de repente? No sabes tú lo que he querido a ese retrato... Pobre viejecito de mi alma!

D. NICOL.—Se conoce que cuidas mas al retrato que lo que cuidaste a tu marido en vida...

D^a. COLUMB.—Calla la boca... (*se acerca a la estatua i le acomoda la ropa, acariciándole la cabeza.*) Pobre mi viejo! Tanto que me ha consolado este retrato, en toda mi viudez... Me parecia ver a mi don Agapito sentadito en su taburete, como lo pasaba en vida. ¡Dios lo haya perdonado... No podria acostumbrarme a no verlo aquí...

D. NICOL.—I sin embargo, en cuanto tuviste novio, quitaste el retrato de esta pieza...

D^a. COLUMB.—Así fué; pero me arrepiento mui de veras... En cuanto me case, el primer favor que le he de pedir a Catalino es que me deje concervar el retrato aquí, en su rincon de siempre... Con esto se convencerá él de que yo fuí buena casada, i me querrá mas.

ESCENA IX

DICHOS—*Una criada.*

CRIADA.—Señorita! señorita!!

D. COLUMB.—Qué hai? A que vienen esos gritos, que me han asustado? Despues de estar tan nerviosa como me encuentro...

CRIADA.—Pero, señorita, el dulce de duraznos se pierde...

D. COLUMB.—¿Qué ha sucedido? I precisamente el dulce de duraznos, que es el que mas le gusta...¿Se dió vuelta la paila?

CRIADA.—No ha sido eso sino que ha faltado la leña, en lo mejor, i

cuando mas se necesitaba, porque ya la pailada está *soltando el hervor*; i no debe parar el fuego para que el dulce no se afiambre.

D^a. COLUMB.—Así es...Pero i qué! Se acabó la leña?

CRIADA.—Están en el fuego las últimas astillas que quedaban.

D^a. COLUMB.—I el carbon?

CRIADA.—No queda migaja, señorita.

D^a. COLUMB.—Qué desgracia! I tan bueno que prometia quedar este dulce! Corre pronto a comprar leña al puesto de tío Goyo...

CRIADA.—Pero, señorita, está tan léjos, que cuando lleguemos con la leña, ya la paila se habrá enfriado, i...

D^a. COLUMB.—Buena cosa! No es conciencia perder esta pailada... (*Mira al derredor*) Ah! que idea! Entra para acá...Llama a la cocinera.

CRIADA.—Esta aquí conmigo, señorita.

D^a. COLUMB.—Bueno. Pues entónces entren i lleven a don Agapito (*les muestra la estatua de madera*) Luego, luego, ántes de que se enfrie. (*Entran las mujeres i entre las dos sacan el retrato con silla i todo. Al pasar por enfrente a doña Columbina, esta se acerca i acaricia el retrato.*)

D^a. COLUMB.—Pobre mi don Agapito!

D. NICOL.—Pero qué van hacer esas mujeres?

CRIADA.—Vamos a *alegrar* el fuego con esto, señor.

D^a. COLUMB.—Con harto dolor de mi corazon lo mando quemar... Estaba tan acostumbrada con el retrato! Pero la necesidad tiene cara de hereje... (*A las criadas*) Corran pronto, i no pierdan tiempo! (*Al salir las criadas, se acerca a la puerta i les grita: oigan, muchachas: echen primeramente la silla al fuego; i si no basta, es decir, en último caso, queman a don Agapito...¿Oyen?...Ah! que sacrificio es este que acabo de hacer! Jesus! no sé donde tengo la cabeza!*)

D^a. NICOL.—Ja ja ja! Pobre Agapito! En esto han venido a parar tus protestas de que jamas te separarias de la efijie de tu antiguo esposo.

D^a. COLUMB.—No me impacientes, Nicolas, con tus impertinencias, porque estoi no se cómo...Vaya!...Pero allí viene Tristan!... (*Mirando hácia afuera.*)

D. NICOL.—(*Se asoma a la puerta*) ¿No es este el mocito de los baños?

ROSA.—Si, padre.

D. NICOL.—¿I cómo no me habias dicho que visitaba esta casa?

ROSA.—Anoche vino, por la primera vez, i no me ha conocido.

D. NICOL.—Sin embargo...

D^a. COLUMBINA.—Calla, Nicolas! Es uno de los amigos de mi Catalino; un mozo mui recomendable. Ven, ven acá; yo le diré a lo que viene (*le indica la alcoba.*) I tú, Rosa, acomódate pronto tus arreos (*a don Nicolas*) Ven, ven...

D. NICOL.—Pero, mujer, esto sí que no lo entiendo.

D^a. COLUMB.—Ven, hombre de Dios, aquí te lo explicaré todo (*toma a don Nicolas, de un brazo, i lo introduce en la alcoba*) I tú, hija mia, cuidado con darle el sí a la primera...Es preciso ponerse durita con los hombres, i darse a desear...Así lo hice con Catalino...Pierde cuidado, yo convenceré a Nicolas de que el partido es bueno...

(*Entra a la alcoba.*)

ESCENA X

ROSA (*arregla su disfraz*)

Cuándo habria creido yo esto de Tristan? Se quiere casar conmigo porque me cree una vieja rica como mi tia. El, a quién yo tenia por un jóven digno i cumplido...incapaz de...Hombre venal! Ahora si que creo que no hai hombre que no le doble la rodilla al dinero... Lo aborrezco! No lo he querido jamas! Nó, nó!...Pero debo ponerme en este rincon para que no perciba mi disfraz (*se pone a cubierto de la luz.*) Si quiera me vengaré riéndome de él!

ESCENA XI.

ROSA—TRISTAN

TRISTAN.—Señora, a los piés de usted.

ROSA.—Para servirle, caballero. Siéntese usted.

TRISTAN.—Mil gracias: no me sentaré, porque solo vengo a hablar dos palabras con la señora doña Columbina.

ROSA.—¿No podia decirme eso a mí?

TRISTAN.—(*refleccionando*) Sí, señora; i aun creo que será mejor decir a usted lo que tenia que hablar con doña Columbina. Acabo de estar con Catalino, i me ha dicho que ha venido a pedir a mi nombre la mano de usted a la señora; pero como este amigo es lijero de carácter, le aseguro que ha sido sin mi aprobacion...

ROSA.—Es decir que usted desprecia mi mano...Vaya! Yo le ahorraré el bochorno de darme calabazas...

TRISTAN.—Ah! nó, mi señora... Al contrario: el paso que doi ahora le manifestará cuanto le aprecio. Verdad es que vine anoche aquí, solo por pasar el tiempo... Ya vé usted que soi franco; pero desde que la ví a usted, i sobre todo, desde que la oí hablar, sentí en mi corazon un movimiento inesplicable en favor de usted i de cuanto la pertenece...

ROSA.—Ah!

TRISTAN.—I como sé que Catalino a tratado de engañar a la señora Columbina...

ROSA.—¿Con que eso hai, nó?

TRISTAN.—Sí, mi señora: ha formado mil proyectos locos para cuando se case; i es seguro que doña Columbina quedará arruinada i abandonada, en ménos de dos meses, porque mi amigo es mui jugador i tiene muchas deudas. Usted ha contribuido a que yo tome tal interes por su familia, que he trabajado mucho por disuadir a Catalino de su idea; pero nada he podido conseguir, i entónces me he resuelto, a poner en conocimiento de la señora los futuros proyectos de mi amigo, para que vea el martirio que le espera. A él mismo le he dicho el paso que iba a dar, porque tambien me repugnaba traicionarlo...

ROSA.—I que ha contestado?

TRISTAN.—Se ha reido de mi candidez, como él dice. Una de dos, o él no me cree capaz de dar este paso, o está seguro del amor de la señora.

ROSA.—(*riendo*) Por manera que usted no me hace el honor de aceptar mi mano?

TRISTAN.—Señora... Yo seria el honrado, en tal caso... Valgo tan poco, sin duda, que confieso a usted llanamente el haber sido despreciado por la única mujer a quien he querido.

ROSA.—(*turbada*) Perdone usted, Tristan, mi indiscrecion. Pero ¿que pruebas podriamos presentar a mi hermana de la felonía de don Catalino? Talvez ella podria creer que usted era movido por algun interes particular para...

TRISTAN.—Sentiria mucho que usted me creyese capaz de eso.

ROSA.—No digo yo... Yo confio enteramente en su sinceridad; créalo usted Tristan.

TRISTAN. Gracias, señora.

ROSA.—Pero puede no suceder lo mismo respecto de mi hermana, quien, como está enamorada del tal don Catalino, recibirá naturalmente mal cuanto se le diga en su contra.

TRISTAN.—Tiene usted razon: pero créame que no me ha movido otro interes que el de cumplir con un deber. A ello me impelia mi corazon mismo, sin saber porque. Mire usted: habia querido ocultarle una cosa, que ahora voi a decírsela.

ROSA.—(con interes) hable, Tristan.

TRISTAN. Ya le he dicho que he sido despreciado por la mujer que amo a mi pesar...

ROSA.—Ah! I?

TRISTAN.—Yo no encuentro otro motivo de ese rechazo, que mi pobreza...

ROSA.—Entónces es una mujer que solo ama el dinero?

TRISTAN.—No me atrevo a creer esto de ella... Talvez instigada por su padre... pero no es del caso decir a usted esto por ahora... Sin embargo, yo creo que obtendria el consentimiento del padre, si mi posicion fuera otra. Pues bien, sabedor Catalino de esta circunstancia, me ha ofrecido diez mil pesos, con tal de que lo deje obrar en libertad...

ROSA.—I usted...

TRISTAN.—Por grande que sea mi amor, no tengo una alma tan baja para aceptar tal propuesta... He querido mas bien ser útil a ustedes...

ROSA.—(levantándose) Tristan déme usted su mano... Usted es digno de mi cariño, quiero decir, de mi eterna amistad... Jamas olvidaremos este servicio que usted nos hace... Solo le ruego a usted que venga esta noche, pues, no sé porque el corazon me está diciendo que talvez podremos testificarle con obras nuestro reconocimiento...

TRISTAN.—Ese deseo es una órden para mí. Adios, señora.

ROSA.—Pues, hasta la noche, entónces. No falte usted.

ESCENA XII

ROSA

Gracias, Dios mio! gracias a Vos!

ESCENA XIII

ROSA.—DON NICOLAS.—DOÑA COLUMBINA

ROSA.—Han oido ustedes?

D. NICOL.—Todo, al pie de la letra. Me he reconciliado con este muchacho, i le perdono que haga versos ..

BIBLIOTECA N
BIBLIOTECA A
"DIEGO BARRO

D^a. COLUMB.—Quién lo habia de pensar? Lo que son los hombres! I créales usted!

D. NICOL.—Ahí tienes a tu Catalino...

D^a. COLUMB.—Miserable! Pero yo me vengaré... Ah! i se olvidaba... (*corre a la puerta*) Muchacha! muchacha! No me quemén a don Agapito! Corre, Nicolas, a librar de las llamas al pobre viejo de mi alma! I yo que lo he mandado quemar por este vil ingrato, desleal, fementido, infame, corazón de piedra, alma de tigre... (*llora*) Qué atrocidad! hacer esto con una pobre mujer inocente, que le entrega a discrecion su corazón i todo... Ah! ah! ah!...

ESCENA XIV

DICHOS.—LA CRIADA.

D. NICOL.—(*recibe la estatua de manos de la criada*) Aquí está el pobre Agapito. Dice la muchacha que no se le alcanzó a quemar mas que una pierna...

D^a. COLUMB.—Escóndelo, Nicolas, allá adentro... No tengo valor para estar en su presencia... Ah!... Mis nervios... Yo desfallezco, me descoyunto, me desmayo, me muero! (*cae desmayada sobre una silla.*)

D. NICOL.—Estamos en bien! Como no se acordó ántes de los novios, no se habia desmayado... En otro tiempo no tenían las mujeres esta clase de achaques... Maldita moda, que parece haber sido inventada por Satanás! Pero a mí no me engañan... (*se acerca a doña Colombina*). Déjate de esas artimañas del diablo... ¿Crées engañarme? Con otros tontos, pase; pero conmigo nó, mujer... Tú eres del siglo pasado, i esto de los nervios es de ahora poco, no mas. Te aseguro que te sienta mui mal la tal moda... Colombina, Colombina, levántate: mira que no tengo paciencia. Pero nada, señor; ni por esas que se levanta, i dale con que ha de estar desmayada a la fuerza (*A Rosa, que trata de rociarle la cara con agua fria*) Quitá allá, muchacha, que al fin se levantará, cuando se cansé de estar así.

D^a. COLUMB.—(*con palabras entrecortadas.*) Que grosero! Tratar así a una señora de mi nerviosa constitucion! Ya desfallezco...

D. NICOL.—Habrá paciencia!

D^a. COLUMB.—Creo que voi volviendo! Estoi tan impresionable como cuando se me declaró don Agapito... Nicolas ¿Con qué se le alcanzó a quemar una pierna, nó?

D. NICOL.—Pierde cuidado: el carpintero le hará otra en un santiamén.

D^a. COLUMB.—Ah! Estoy toda descoyuntada! Me muero!

D. NICOL.—Dáale con yo me muero! Si uno no se muere, mujer, así no mas, cuando se le antoja, sino cuando se le llega la hora!... Vamos ahora a lo que importa. Es preciso castigar el atrevimiento del tal Catalino, por haberte querido engañar, haciéndote el hazmereir de sus compañeros de francachelas i juegos...

D^a. COLUMB.—(*se levanta enojada*) Me vengaré, i ruidosamente!

D. NICOL.—Si me prometes discrecion, yo tomo a mí cargo este negocio. Tengo ya formado mi proyecto, i creo que te ha de gustar...

D^a. COLUMB.—Haz lo que quieras... Gasta lo que te parezca... todo lo que tengo, si es necesario, a fin de castigar al ingrato!

D. NICOL.—Ya lo verás por la obra.

D^a. COLUMB.—Yo me voi a llorar... Acompañame, Rosa.

(*Vanse*)

ESCENA XV

DON NICOLAS

Ahora pensemos en lo que conviene hacer... El tal debe ser un bribon de siete suelas... Mas para saber como conviene obrar con él, es menester conocerlo... ¿Si convendrá hacerlo llamar, a nombre de Columbina? (*se pone el dedo en la frente en actitud de reflexionar*) Sí! eso es! Le haremos una jugarreta, cazándolo en sus propias redes. (*se asoma a la puerta.*) Pero aquí viene uno... ¿Si será él?

ESCENA XVI

DON NICOLAS.—DON CATALINO

D. CATALINO.—Ah! Caballero! Creia encontrar aquí a mi señora Colombinita.

D. NICOL.—(*aparte*: El es!) ¿Es usted el señor don Catalino de...?

D. CATALINO.—(*Mirando a don Nicolas con desconfianza, aparte*: ¿Qué pájaro será este? ¿Si será alguno de los que me persiguen?) I usted, señor mio ¿no me podria decir quién es?

D. NICOL.—Soy cuñado de Culumbina.

D. CATALINO.—Pues, no tenia el honor de conocer a usted.

D. NICOL.—He venido a presenciar el matrimonio de mi cuñada...

D. CATALINO.—Ah!

D. NICOL.—Al verlo entrar a usted, crei que fuese el señor don Catalino.

D. CATALINO.—No se equivocó usted. Soi Catalino de la Gacetilla; i tengo el honor de saludar (*dándole la mano*) a un pariente de mi querida Columbita.

D. NICOL.—Venga acá esa mano, i tratémosnos con confianza, pues ya debemos considerarnos como parientes.

D. CATALINO.—(*Sacudiéndole la mano a don Nicolas*) Tiene usted razon (*aparte*: qué viejo tan francote!) Cuente usted con mi eterna amistad!

D. NICOL.—*Idem*, amigo mio, *Idem por idem*! Como mi cuñada me quiere tanto, desea realizar su boda ántes de que yo me vaya mañana para Valparaiso...

D. CATALINO.—Oh! entónces...

D. NICOL.—Lo cual quiere decir que el matrimonio será hoi, si usted desea que yo los acompañe, pues tengo que ponerme en marcha mañana sin falta para el Puerto. La misma Columbita me ha pedido que haga todas las diligencias.

D. CATALINO.—Oh! mi señor pariente! Cuanto agradezco a usted i a mi adorada Colombita su empeño por la pronta realizacion de mis mas ardientes deseos. Desde ahora puede usted contar conmigo... con mis influencias en la sociedad santiaguina, en el Gobierno, en...

D. NICOL.—Gracias, mi querido primo.

D. CATALINO.—Ahora quisiera manifestar a Colombita mis sentimientos de...

D. NICOL.—Nó, hombre! No haga usted tal cosa! Las mujeres están por allá ocupadísimas en la preparacion de sus dulces, pavos mechados i demas menesteres de la boda... Vaya usted a arreglarse... A las oraciones, lo esperamos...

D. CATALINO.—Es que yo queria hablar con Colombita sobre un asunto que...talvez usted no sabe...

D. NICOL.—¿Qué cosa? Hable conmigo, i ábrame ese pecho. ¿Necesita dinero?

D. CATALINO.—Ah! Sí! mucho!...Nó! No es eso! Lo que necesito es decir a ustedes...¿No ha venido hoi un mozo a decirle a Colombita que yo...

D. NICOL.—Ah! Un tal Tristan? Estuvo aquí, i dijo mil tonterías en contra de usted.

D. CATALINO.—Yo venia ha deshacer la mala impresion que en Colombita habrian podido producir las palabras de Tristan...

D. NICOL.—No tenga usted cuidado: nadie en la casa ha dado crédito a sus palabras...Parece un mozo de cabeza desatornillada.

D. CATALINO.—Es así, inocentón; pero a pesar de todo, lo quiero porque es de jenio alegre...Con que dice usted que mi Colombita...

D. NICOL.—Ha sido la primera, hombre, en reirse de todo cuanto ha dicho ese pobre mozo...Pero no le hemos guardado rencor; así es que si a usted le parece hacerlo padrino...

D. CATALINO.—Con mucho gusto, si es que él quiera; pero...

D. NICOL.—I si no quisiera, lo sería yo, i estábamos al otro lado. Lo que deseamos es que la boda se haga pronto i calladamente...Solo convidaremos unos tres o cuatro amigos de confianza. Ya le digo que a eso de las oraciones, lo esperaremos...

D. CATALINO.—Mui bien.

D. NICOL.—(*Dándole la mano*) Acuérdesse de que yo parto, mañana sin falta para Valparaiso.

D. CATALINO.—No faltaré.

D. NICOL.—Mientras tanto, yo me voi a hacer las diligencias. Los casará un padre de San Francisco, mui amigo de la familia. Haremos a un lado todas las formalidades, pues yo se que encontraré dispensas para todo. Mi cuñada es rica; i ya usted sabe que, en habiendo plata, todo nudo se desata.

D. CATALINO.—Así es la verdad, (*Aparte*: Por eso es que yo quiero tenerla) con qué! hasta la noche, mi querido pariente.

(*Vase.*)

Cae el telon

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

D. CATALINO—TRISTAN

D. CATALINO.—Gracias a Dios, amigo mio! Estoy en el colmo de mi dicha! Ya estoy casado con mi riquísima i viejísima mujer...Ya soi dueño de todos esos encantos, esas alhajas, esos tesoros, por los cuales mi enamorado corazón suspiraba...Ya podré contentar a mis famélicos acreedores, que como lobos hambrientos me perseguían por todas partes...Ya puedo salir a la calle, sin temor de ir a alojar a la cárcel...Ya soi libre, mi querido Tristan! ¿Por qué estas triste i taciturno, hombre?...Acompáñame en mi dicha...

TRISTAN.—Estaba pensando, hombre, en lo que son las mujeres...

¿Quién lo habría creído?...Casarse, despues de lo que le dije! (*se toma la cabeza entre las manos*)

D. CATALINO.—I te admiras, muchacho de que Colombita se me haya entregado en cuerpo, alma i tesoros? Ah! es que tú no sabes la filosofía de las mujeres, i sobre todo, la filosofía de las viejas...No te asustes de lo que has visto, que yo te contaré despues cosas de morir de risa...Ya se vé! como tengo tanta práctica, en esto de las viejas ricas...He desplumado a mas de quince; i hubo un tiempo en que me di a temer de los herederos de las matronas de esta ciudad...Ya te digo que este ha sido mi flaco i mi fuerte al mismo tiempo; hasta que Dios ha premiado mis proesas i afanes, dándome a mi Colombita en matrimonio. Repítote que no te admires...

TRISTAN.—Pero ¿no me he de admirar, hombre de Dios, de que esta vieja haya tenido alma para casarse, despues de lo que le hice saber por conducto de su hermana?...Le canté la cosa bien claro.

D. CATALINO.—Pero no te creyeron...Eso que hiciste fué una locura incalificable; pero te lo perdono todo...Ya verás si sé ser amigo de mis amigos, cuando me haga cargo de mis estancias...Tú has de administrarme la de la Rinconada; yo me quedo en la chacra que tiene casas mui cómodas i bonitas.

TRISTAN.—Gracias; no soi para el campo...

D. CATALINO.—Pues entónces te habilitaré con veinte o treinta mil pesos para que establezcas un cafecito, como a mí me gusta, con sus saloncitos arreglados, con sus mesitas para que los amigos se entretengan al monte, a la primera, a los dados i demas juegos inocentes, con sus cuartitos secretos ..en fin, despues te daré el plan de todo, porque me lo valgo para estas cosas...¡Qué comilonas i *guadeamus* no hemos de tener con los amigos...Yo conozco niñas de lo rico para estos asuntos...Vaya! se me hace agua la boca; i me parece que ya mi buen padrino está rejentando su establecimiento. (*Le da de palmaditas en la espalda.*)

TRISTAN.—Ah! se me habia olvidado que era tu padrino.

D. CATALINO.—Pues, a mí no se me olvidará, i siempre trataré de protegerlo con mis riquezas...

TRISTAN.—Gracias...

D. CATALINO.—I con mis influencias sociales (*dándose importancia.*) Ya sabes que Colombita es prima en tercer grado de la novia con quién ahora tiempos se quiso casar el entonado de un primo hermano mui querido que tiene el cuñado del señor presidente de la república... I con el señor obispo! no digo nada... Colomba me ha ase-

gurado que está al partir de un confite con una sobrina política del confesor de Su Ilustrísima... Ya ves que estas cuñitas no son de despreciar, en estos tiempos... Además el cuñado de mi esposa...

TRISTAN.—¿Qué cuñado?

D. CATALINO.—El cuñado, pues, hombre! un caballero *viejon*, que parece persona muy respetable, i con quien me encontré esta mañana aquí, de manos a boca, cuando vine a deshacer las tonterías que hiciste...

TRISTAN.—No sabía eso.

D. CATALINO.—El ha sido el mas empeñado en la realizacion de mi matrimonio. Esta mañana no mas llegó a la ciudad, i se va, en cuanto pase la noche con nosotros... Parece un caballero de buenas partidas, francote i alegre de jenio, como mi Colomba; i su actividad está de manifiesto en la prontitud con que arregló i dilijenció el matrimonio. En un santiamen lo hizo todo: sacó la licencia del cura para que nos casara ese fraile amigo de él, que acaba de irse...

TRISTAN.—I por qué no ha parecido por aquí el tal cuñado?

D. CATALINO.—Me dijo Colombita que una dilijencia urgente lo detenía en otra parte, pero ahora en la sena lo tendremos aquí, con otros amigos. Mi buena esposa i su simpática hermana deben estar a esta hora empeñadísimas por allá adentro, en preparar los pavitos... (*sobándose las manos*) Ah! Tristan! Me parece que no es cierto lo que me pasa. Que tertulias no hemos de tener, cuando Colomba abra sus salones... Alégrate, hombre; estás en mi casa: quiero decir la tuya... Alégrate; ten filosofía... Yo hubiera querido tener aquí esta noche a muchos otros amigos; pero mi esposa es de un jenio tan corto, que ha tenido vergüenza de dar publicidad a su matrimonio... Mas ahí se irá acostumbrando al mundo la pobrecita... Ya adquirirá soltura.

TRISTAN.—Yo creo, bribon, que tú has de matar a esta maldita vieja, a fuerza de paseos i comidas i desarreglos i...

D. CATALINO.—I si es así, morirá contenta: es lo que quiere la mujer... Yo tengo mucha práctica, en mujeres, amigo!... Pero te aseguro que no hará ningun desarreglo, miéntas no firme su testamento... Esto es lo principal. Estamos convenidos en heredarnos mutuamente...

TRISTAN.—(*riendo*) Pues es gracioso ese convenio, por tu parte...

D. CATALINO.—Es cosa arreglada muy de antemano... (*golpean la puerta*) ¿Quién? Adentro!

ESCENA II.

DICHOS.—DON NICOLAS (*Vestido de padre franciscano, con la cabeza atada, la capilla calada i un parche verde en un ojo.*)

D. NICOL.—(*cntrando*) Deo gracias!

D. CATALINO.—Por siempre sean dadas... Pase para acá su paternidad.

D. NICOL.—Me he tomado la libertad de venir, porque es cosa que urje.

D. CATALINO.—(*con importancia*) Cada i cuando quiera venir, mi padre, viene usted a su casa, i espero que no será esta la última vez que lo tengamos por aquí...

D. NICOL.—Agradezco sus favores.

D. CATALINO.—(*saca cigarros i le pasa a don Nicolas*) Un cigarrito, mi padre: Ya le digo: pase a tomar mate todas las tardes... Columbita tendrá mucho placer en servirlo... Porque, como usted sabe, los novios que se quieren bien no olvidan jamas al sacerdote que los casa... Usted ha bendecido nuestra felicidad, i mi reconocimiento no tendrá límites.

D. NICOL.—Ah! señor don Catalino! Las bendiciones vienen del Señor... Yo no soi mas que un humilde siervo, un indigno ministro del Altísimo. Nada tiene usted que agradecerme, pues, no he hecho mas que cumplir con los deseos de mi comadre Columbina i de su buen cuñado... Pobre caballero! I como ha recibido la noticia mi comadre?

D. CATALINO.—¿Qué noticia?

D. NICOL.—(*como si no oyera*) Yo lo supe al llegar al convento; i, despues de ir a la cárcel, he venido a consolar a mi comadre...

D. CATALINO.—Qué dice, padre? ¿Qué es lo que ha habido?

D. NICOL.—Entónces usted no sabe nada?

D. CATALINO.—Estoi en ayunas .. Hable, padre!

D. NICOL.—En tal caso, siento mucho ser portador de malas nuevas...

D. CATALINO.—Malas nuevas! Pero, en fin! ¿qué es lo que hai?

D. NICOL.—El cuñado de mi comadre...

D. CATALINO.—Mi digno pariente! mi primo querido...

D. NICOL.—Si! su pariente está preso en la cárcel, i por eso no ha asistido al matrimonio...

D. CATALINO.—Mi noble pariente preso? I lo sabe usted de positivo?

D. NICOL.—Vengo de hablar con él en su mismo calabozo.

D. CATALINO.—Pues entónces pondré al momento en juego todas mis influencias... Para eso tengo dinero. Daré fianza; haré correr la plata por todas partes... Poner preso a un hombre de mi familia!... Será talvez por alguna cosa de política. ¿Ha sabido usted algo?

D. NICOL.—Sí, señor: me lo ha contado todo el hombre; i como usted es de la familia, puedo decírselo.

D. CATALINO.—Sí, soi de la familia; este caballero es un amigo íntimo: hable no mas.

D. NICOL.—Lo han puesto preso sus acreedores, por que dicen que la cesion de bienes es fraudulenta, i...

D. CATALINO.—Cesion de bienes! ¿I como Columbita no me ha bia dicho nada...?

D. NICOL.—Se presentó haciendo cesion en Rancagua; i de allá se les vino a los acreedores, que lo han perseguido hasta aquí...

D. CATALINO.—Por eso queria irse mañana mui temprano... ¡Ya caigo!

D. NICOL.—Sí, para Valparaiso; i embarcarse, segun me lo ha dicho ahora mismo; pero lo atraparon esta tarde...

D. CATALINO.—Pues entónces, vamos, Tristan, a la cárcel, a ver a mi noble primo. Mis haciendas, mis capitales, mis influencias, todo estará siempre a disposicion de mis amigos, cuanto mas de los parientes cercanos...

D. NICOL.—Así me dijo el pobre caballero, que como usted era rico...

D. CATALINO.—Oh! en cuanto a eso...

D. NICOL.—Se compadeceria de la situacion en que quedaba mi comadre; i él podria marcharse, sin este contrapeso, dejándola al amparo de usted...

D. CATALINO.—Por supuesto! desde que tengo la dicha de estar unido a Columbita, yo, i nadie mas que yo, tiene derecho de ampararla...

D. NICOL.—Porque seria triste cosa que el caballero se fuese de aquí, i mi pobre comadre quedase sin un cuartillo.

D. CATALINO.—Cómo es eso, padre? No entiendo bien.

D. NICOL.—I sin embargo, la cosa es clara: porque como mi santa comadre está acostumbrada a pasar buena vida...

D. CATALINO.—I piensa su paternidad que conmigo lo habrá de pasar mal?

D. NICOL.—De ningun modo, señor de la Gacetilla, pues aun cuando mi pobre comadre lo ha perdido todo...

D. CATALINO.—Qué dice su paternidad? Esplíquese mas claro, porque...

D. NICOL.—*Flemáticamente*) Quiero decir que con los capitales de usted podrá esta santa señora pasar el resto de sus días, ya que ha perdido todo cuanto tenia.

D. CATALINO.—Padre! Está usted en su juicio?

D. NICOL.—Sí, señor... Como esta quiebra ha sido tan grande...

D. CATALINO.—Pero si el quebrado es otro, i nosotros no estamos obligados a pagar...Fuera poca cosa, vaya con Dios; pero si pasa de raya...

D. NICOL.—Pasa de ciento setenta mil pesos...

D. CATALINO.—Es espantoso!...I el hombre, que tenia facha así de...quiero decir tan honradote...Pero decia usted...

D. NICOL.—En estos tiempos engañan mucho los hombres...Decia qué, como la señora trabajaba en compañía con su cuñado...

D. CATALINO.—Ah!

D. NICOL.—Ha sido aplastada en una cantidad mucho mayor que todo cuanto tiene; i si no fuera por los capitales de usted...

D. CATALINO.—Calle la boca, padre ¡si yo no tengo un cristo!

D. NICOL.—Ella tendria que morir de hambre...

D. CATALINO.—Pues que se muera veinte veces!...¡I con la flema, padre, con que usted me ha dado la noticia!

D. NICOL.—Si yo creia que usted lo sabia desde esta tarde...

D. CATALINO.—I me habria casado, padre, por Dios, si lo hubiese sabido? óigame: se habria casado su paternidad?

D. NICOL.—Es claro que nó, porque ya ve usted que yo soi incapaz...

TRISTAN.—Tiene razon el padre...

D. CATALINO.—Pero esto no puede ser; no puedo creerlo; es absurdo, injusto...

TRISTAN.—Catalino, resignacion hombre, no te dejes llevar de las impresiones...

D. CATALINO.—Sí, es absurdo; es contrario a la equidad que un hombre como yo, despues del sacrificio que he hecho, vea evaporarse una fortuna que tantos trabajos i sudores me habia costado!

TRISTAN.—Sudores!

D. CATALINO.—¿I te parece qué he sudado poco, qué he trabajado poca cosa, al tener que finjirme frenéticamente enamorado de una mujer como... Vaya! como mi mujer?... Ah, esto es injusto, escandaloso, inicuo!... es un verdadero absurdo de la suerte!... Pero ¿i Colombina en dónde está? Colomba! Colombita!! Ella me dirá si esto es verdad.

TRISTAN.—Modérate, Catalino.

D. CATALINO.—Como que son circunstancias para moderarse!...

TRISTAN.—Pero tu filosofía...

D. CATALINO.—Déjate de filosofías... Colomba, Colomba!! ¿Dónde se ha ido ésta?...

TRISTAN.—Tu práctica en esto de las mujeres...

D. CATALINO.—Calla la boca... Pero aquí viene] mi mujer...

ESCENA III

DICHOS—D^a. COLUMBINA

D^a. COLUMB.—Aquí estoi, Catalino mio... aquí está tu Columbina, tu desgraciada consorte, que todo lo ha perdido...

D. CATALINO.—¿Con qué es verdad?

D^a. COLUMB.—Como que ahora es de noche. Acabo de recibir una carta de mi cuñado, en la cuál me dice que, en poco tiempo mas, se rematarán mis tres haciendas, esta casa, la chacra i todo... pues todo entraba en la compañía.

D. CATALINO.—Maldita sea tu compañía!

D^a. COLUMB.—Sí, pues! todo! todo! hasta la chacra, que era la propiedad que yo queria mas, por ser de la predilección de don Agapito, mi primer esposo.

D. CATALINO.—Señora! Váyase usted a los infiernos, con su don Agapito i todo! Oh! yo no estoi en mí!

D^a. COLUMB.—Qué oigo! Este desengaño me esperaba? Pero yo soi una mujer *sumisa*, i no pronunciaré ya mas el nombre de mi finado don Agapito. Lo haré por el amor de mi Catalino (*se le acerca*.)

D. CATALINO.—(*Retirándose*) Su amor!

TRISTAN.—Modérate, hombre... Acuérdate de que eres filósofo...

D^a. COLUMB.—(*Llorando*) Desgraciada de mí! Ingrato! ¿Cómo has podido olvidar tan pronto tus protestas de amor? Padre! padre! Pídole al señor que me dé valor para...

D. CATALINO.—Oh! El que ha menester de valor soi yó!

D. NICOL.—(*sentenciosamente*) Nosotros no tenemos derecho para

juzgar los decretos del cielo. Nuestro deber es someternos a la voluntad divina...

D^a. COLUMB.—Pero es triste cosa, compadre; que venga un cualquiera, con sus manos limpias, a llevarse lo que nos ha costado tantos años de trabajo... Si su paternidad supiera cuanto tuvo que sudar don Agapito, por... Perdona, Catalino mio! se me salió el nombre de don Agapito, sin quererlo decir... Cuando estaba lo mas dispuesta a no nombrar jamas en tu presencia a don Agapito, aun cuando viviera cien años!...

D. CATALINO.—I piensa usted vivir otro siglo mas sobre el que ya lleva corrido? ¿Crée usted que yo lo habia de permitir?

TRISTAN.—Catalino, repórtate...

D. CATALINO.—Déjame, por Satanas! Estoi sofiando!

D^a. COLUMB.—No, nó! Estas dispierto, Catalino mio, querido! Solo tu amor es capaz de darme fuerzas para soportar esta desgracia...

D. CATALINO.—Pero no sabe usted, señora, que yo estoi lleno de deudas; que contaba con su capital para pagarlas, i que mañana me veré en la cárcel como su cuñado... Esto es atroz!

D^a. COLUMB.—Pues entónces nos iremos a vivir a los bosques, amor mio. Léjos de los hombres seremos felices... En cualquier rancho, debajo de un árbol, comiendo cualquiera cosa... porque la pobreza es nada para dos que se aman...

D. CATALINO.—Está usted en su sentido? (*Mirándola fijamente*) Vivir en un rancho, muriéndose de pobre, i con usted al lado de yapa!...Ja ja ja! Prefiero lanzarme de cabeza al Mapocho, cuando venga mas crecido...

TRISTAN.—Amigo; ten filosofía... Estás dando un escándalo, porque los gritos se oyen en la calle...

D. CATALINO.—Pero, hombre! por Cristo! si yo no me imaginaba que pudiera pasarme esto!... Gran Dios! Cuando yo creia haber logrado mis aspiraciones, me encuentro sin la plata i con la vieja! Esto es absurdo!

D^a. COLUMB.—Catalino (*se le acerca, mientras don Catalino se retira*) Catalino de mi alma! qué oigo? ¿Eso dices de tu esposa? ¿qué se hicieron tus promesas de amor?

D. CATALINO.—Se las llevó el diablo! Si se las hice cuando usted tenia plata, ahora que está pobre me retracto en forma ¿Piensa usted, por todos los santos, que yo me iba a casa con usted, por su linda cara?

D^a. COLUMB.—Sin embargo, aquí tengo tus versos, ingrato, que concluyen con un «que linda es usted!» (*saca el papel del seno.*)

D. CATALINO.—Me equivoqué... Debiera haber concluido con un «qué horrible es usted!» Este es un engaño monstruoso; i donde hai engaño no hai trato .. Nuestro matrimonio es nulo! ¿No le parece a su paternidad?

D. NICOL.—No sea usted blasfemo... Dios dijo a sus apóstoles: lo que atares en la tierra yo lo rectificaré en el cielo.

D^a. COLUMB.—Cierto, Catalino mio: te perdono todo... El sagrado nudo que nos une para siempre...

D. CATALINO.—El nudo corredizo que le saldré echando a tu garganta, vieja de Belzebut!

D^a. COLUMB.—Ah! esto es demaciado! Don Agapito no se espesaba jamas de esa manera.

D. CATALINO.—Hasta cuando me *agapitea* usted, señora, con dos cientos mil de a caballo!

D^a. COLUMB.—En eso habias de ver, ingrato, que yo fuí buena casada, cuando todavía me acuerdo de aquel pobre viejo de mi corazon!

D. CATALINO.—Pues entónces me presentaré a la curia... Pediré divorcio, porque esta mujer me matará al fin, a difuntazos!

ESCENA IV

DICHOS.—ROSA (*Entra corriendo, con una carta en la mano.*)

ROSA.—Columbina! Columbina! Esta carta traen de la cárcel!

D^a. COLUMB.—Ah! que dirá en ella mi cuñado? (*a don Nicolas*) Abrala, compadre de mi alma! Con lo que me pasa, no estoi yo para leer cartas.

D. NICOL.—(*abre la carta i lee*) «Querida Columbina: acabo de hablar con nuestros principales acreedores, que han venido a verme; i con ellos he arreglado satisfactoriamente nuestros negocios. He conseguido librar las dos haciendas, la chacra i la casa en donde vives, entregándoles mis dos fundos i uno de los tuyos. La pérdida no es tan grande como se pensaba, pues resultó en las cuentas un error que nos favorece—No tengo tiempo para mas, i luego estaré con ustedes—Abraza a nuestro querido pariente, Catalino.»

D. CATALINO.—Nuestro digno pariente! Que hombre tan respetable me pareció, en cuanto lo ví! Me incliné a quererlo, al momento...Columbita! (*se hinca*) Perdóneme usted; son jenialidades mias ¡cómo soi poeta!

D^a. COLUMB.—(*Retirándose*) ¿qué lo perdone? ¡Si usted es incapaz de ofenderme, hombre!

D. CATALINO.—Pero, con que cara lo dices, Columba adorada! ¡Con qué cara!

D^a. COLUMB.—Con esta cara de vieja fea, horrible como dijo usted ahora poco...

D. CATALINO.—¿I pudo usted creer que yo hablaba de veras? Cier- to es que al principio me impresionó la noticia... A cualquiera se la doi! Pero todo lo que he dicho despues ha sido una ficcion... ¿He re- presentado bien mi papel, nó? (*se sonrie hipocritamente.*)

D^a. COLUMB.—I tan bien, que le diré que ha errado la vocacion. Usted debió haberse dado al oficio de cómico.

D. CATALINO.—Pues ¡soi capaz de hacerme cómico, por compla- cerla a usted; i crea que no me ha de ganar a buen casado.

D^a. COLUMB.—Pero hombre, si este matrimonio es nulo...

D. CATALINO.—Eso si que nó!...¿Cómo dijo su paternidad denan- tes? lo que atases en la tierra...

D. NICOL.—Es que yo no tengo autoridad para atar a nadie ni en la tierra ni en ninguna parte...

D. CAATALINO.—¿Cómo así?

D. NICOL.—Ya lo vé usted (*se quita el hábito i se desata la cara.*)

TRISTAN.—¡Don Nicolas!

D. CATALINO.—Ah! es el cuñado!

D. NICOL.—El mismo en persona. Yo jamas he tenido vocacion para la iglesia.

D. CATALINO.—Entónces lo de la carcel es una mentira?

D. NICOL.—Como bala i pinta.

D. CATALINO.—Es decir que la quiebra es...

D. NICOL.—Otra mentira.

D. CATALINO.—I nuestro casamiento?

D. NICOL.—No ha sido mas que un casi-casamiento

D^a. COLUMB.—Así como era una mentira todo su amor.

D. CATALINO.—Oh! Pero, esto es una felonía atroz! Una traicion;

D^a. COLUMB.—Orijinada por la traicion de usted. Ya ve que no tiene derecho para quejarse...

D. CATALINO.—(*Aparte, Ya se me escapó la vieja, con capital i todo!*)

D. NICOL.—(*A don Catalino*) Sí, mi amigo, todo esto no ha sido mas que pura comedia; i esa vieja que usted ve ahí (*muestra a Rosa*) es otra mentira.

TRISTAN,—(*Aparte, i mirando con gran atencion a Rosa*—Ah! si saldrán ciertos mis presentimientos!)

NICOL.—Acabada la farsa, sigue ahora la verdad; i la verdad, mi señor don Catalino de la Gacetilla, es que usted no pondrá ya mas los piés en esta casa, si no quiere que la cosa le cueste mas caro que ahora (*saca una pistola del bolsillo*) Ahora el negocio no es de burlas.

D. CATALINO.—(*Aparte. Bien lo veo!*) Yó, señor...no pretendo ya revalidar este matrimonio (*se retira hacia la puerta de salida.*)

NICOL.—Pero si el primer matrimonio ha sido nulo, yo quiero ahora hacer otro que sea verdadero. Rosa, ven acá; quitate esos embelecocos de cabeza.

ROSA.—(*Quitándose apresuradamente el disfraz*) Aquí estoi, padre mio.

TRISTAN.—Rosita! Estoi soñando?

ROSA.—Nó, Tristan, es la verdad!

TRISTAN.—¡Mi corazon no me engañaba!

D. CATALINO.—(*Mui admirado*) ¡Qué transformacion! Ah! si Colombita pudiera hacer lo mismo!

D. NICOL.—(*A Tristan*) Acércate, hijo mio. He sido testigo de tu honradez, i te perdono el que hagas versos. Ahora quiero ser tu suegro...

TRISTAN.—Gracias, señor!

D. NICOL.—Rosa, dále la mano a tu marido.

ROSA.—(*Alargando su mano a Tristan*) ¿Me perdonas, Tristan el que te haya engañado ahora, por segunda vez?

TRISTAN.—Qué! ¿I cuándo me engañaste ántes?

ROSA.—Cuando me ví obligada, allá en Cauquenes, a decirte que no te amaba.

TRISTAN.—¡Alma mia!

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"DIEGO BARROS ARANA"

Cae el telon

FIN DE LA COMEDIA.

